

GEORGE GOOT

TINIEBLAS de HORROR

George Goot

Tinieblas del horror

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr, Julián Álvarez 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 690 - 1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Thomas Burke se incorporó violentamente hasta quedar sentado sobre una superficie blanda que, de momento, no relacionó con nada conocido. Al instante abrió los ojos, mientras por su mente cruzaban rápidas las últimas imágenes de los terribles momentos que acababa de vivir.

—*¡Aaaaag!*

El alarido escapó de su boca casi sin que él se diera cuenta; sus pupilas habían girado a todos lados y sólo había podido ver una intensa negrura, unas tinieblas densas, abrumadoras.

En el estado de depresión anímica en que se hallaba, aquella oscuridad pareció atacarle, sintió como si se cerrara en torno a su cuello…

—¿Qué demonios pasa aquí?

La voz había sonado a su izquierda. Volvió la cabeza en aquella dirección, pero nada pudo distinguir; era como estar sumergido en un mar de tinta china.

Pero sí pudo oír. Algo mecánico rechinó, hubo un susurro de fricción; tela contra tela. Unos pasos y un *clic* metálico.

Al instante tuvo que cerrar los ojos, pues un raudal de luz solar fue a herirlos. Sin embargo, aquella fracción de segundo en que pudo ver le mostró una escena reveladora.

—¿Puede saberse qué es lo que te pasa, Tom? ¡Vaya una manera de despertarme! ¡Estaba en lo mejor del sueño cuando te has puesto a aullar como un condenado!

En medio segundo acudió al entendimiento de Thomas Burke la plena conciencia de la normalidad, de las circunstancias y lugar donde se hallaba.

El que acababa de abrir la persiana metálica de cierre hermético era su amigo y compañero de trabajo, el teniente Jim Olsen. Y el lugar donde se hallaba era el dormitorio del pequeño apartamiento que compartía con su amigo.

Éste insistió, preocupado, acercándose a la cama de Thomas:

—¿Te encuentras mal? ¿Qué te ocurre?

—Na… nada, Jim —parpadeó para acostumbrar los ojos a la luz y se pasó una mano por la frente, como intentando ahuyentar los últimos fantasmas de su mente—. Creo… que he tenido una pesadilla espantosa… ¡Espantosa de veras!

—Eso es el *whisky*. Anoche, en el *Clipper's*, bebimos demasiado.

—No… Sólo fueron un par de vasos; otras veces he bebido mucho más y nada me pasó… ¿Por qué estaba esto tan oscuro?

Jim exclamó, algo amoscado:

¡Hombre! ¡Si fuiste tú mismo quien, anoche, ajustaste la persiana para que no te despertara la luz y poder dormir hasta las nueve!

—Sí, sí, es cierto. Ahora lo recuerdo bien. Me ha desconcertado ese maldito sueño que he tenido. Pareció durar una eternidad. Y a propósito; supongo que hoy estamos a día veinte, ¿no? ¿Mayo de 1976?

—¡Claro, Tom! Oye; ¿es que quieres tomarme el pelo? Tú, uno de los cerebros más despejados del Servicio de Inteligencia…, al menos eso fue lo que dijeron los que te agregaron a la NASA, te sientes desconcertado por una simple pesadilla.

Thomas bajó de la cama y se acercó a la ventana, dándole cuerda maquinalmente a su cronómetro Leónidas.

—Te aseguro que fue de alivio. Nunca lo había pasado tan mal, ni cuando me atraparon aquellos norcoreanos. ¡Y aquello fue una desagradable realidad! —Thomas movió la cabeza al rememorar sus días de combatiente en Corea—. Utilizaron astillas de bambú para hacerme hablar, pero no lo lograron. Para huir, tuve que eliminar a dos de ellos con un bambú que yo mismo aguzé, a escondidas.

Su amigo le escuchaba, interesado.

—¡Vaya! Les copiaste la idea, ¿eh?

—Sí. Y ambas cosas fueron muy desagradables. Pero, con franqueza, en aquella ocasión no pasé la… angustia; sí, angustia o miedo, que he pasado esta noche.

Jim Olsen se dirigió al cuarto de baño inmediato, diciendo:

—Y ¿qué soñaste? Cuéntamelo mientras me ducho; tengo que ponerme a trabajar en lo del proyecto del doctor MacIving, o el mayor Bellamy tendrá motivos para gruñir. Cuenta, cuenta…

—En realidad, apenas recuerdo los detalles —empezó Thomas, sentándose en la cama de amigo. Encendió un Winston del paquete que Jim tenía sobre su mesilla y prosiguió—: No sé por qué, me habían ordenado matar a una persona, así, a sangre fría. Y eso era lo más horrible, pues se trataba de alguien que yo sabía era

inocente de toda culpa…

—Entonces ¿por qué tenías que matarle? —preguntó su amigo, sacando la cabeza sobre la cortina de plástico, mientras se enjabonaba.

—No sé… ¡Sí! Voy recordando… Sí… Era alguien que había inventado un aparato terrible…

—¿Un sádico científico loco? —sonrió Jim.

—No, no —sonrió también Thomas, que a la luz del día consideraba pueriles las reacciones que había tenido a causa de aquel sueño—. Se trataba de una buena persona que, por casualidad, había hallado una extraña aplicación a un pacífico invento que ya tenía hecho.

—Y lo había convertido en un rayo mortal que mataba hasta las moscas, ¿no?

Thomas Burke, que volvía a ser el eficaz teniente agregado al DEPAAC (Departamento de Estudio de Proyectos Aeronáuticos, Auxiliares y Complementarios) de la NASA, encargado de evitar cualquier fraude en los proyectos presentados a este organismo, estaba poniendo su memoria a prueba.

—Nada de eso —contestó Jim—. Al ensayar una variante de su invento, descubrió algo nuevo, algo alucinante… Eso no lo recuerdo bien… Sé que tenía que ver con la oscuridad… Y su imprudencia representaba un gran peligro; tanto, que por eso alguien muy poderoso me mandaba a mí, a través de un negro y amenazador pasillo, para eliminar a aquella persona…, a quien yo apreciaba o tenía gran amistad.

Jim Olsen salió del cuarto de baño anudándose la corbata del uniforme. Preguntó, dando un vistazo a su reloj:

—Y ¿por qué no destruíais su invento y todo solucionado?… Las nueve y cuarto ya…

—Me arreglo en un momento y nos vamos a desayunar. ¡Hoy he de ir a inspeccionar el inefable Proyecto Wonsworth, amigo! Y ¿sabes lo que eso significa?

Jim rió mientras su amigo se dirigía al cuarto de baño. Se guardó su paquete de cigarrillos en un bolsillo de la guerrera, luego de extraer uno. Lo encendió y dijo:

—Eso significa que hoy verás a tu encantadora y rubia profesora en física electrónica, la bella Jane Wonsworth, que te tiene ya en el bote.

—No te creas que me disgustaría pasarme el resto de mi vida encerrado en ese dulce «bote». Es una muchacha inteligente, y culta, sí; pero también es muy humana, y agradable, y diligente, y

simpática…

—¡Bueno, bueno! —Jim, sonriendo, detuvo la riada de elogios que se elevaban de entre el agua de la ducha, donde se hallaba Thomas—. No hay duda de que ya estás en el bote. Y ella ¿qué dice? ¿Le has hablado en serio ya?

—Aún no —respondió Tom, secándose con la toalla—. Antes quiero que esté resuelto el Proyecto Wonsworth. Luego la llevaré a algún lugar bonito y le preguntaré si quiere cambiar su nombre por el mío. ¡Entonces te dejaré este cuchitril para ti solo, y ella y yo nos buscaremos una casita en las afueras!

—¡Que sea pronto, pues! Y a ver si es verdad que tienes tantas ganas de ver a tu Jane y te das prisa; son más de las nueve y media.

—Sólo un instante; voy a afeitarme. ¡Menos mal que mi pesadilla nos despertó a buena hora! El despertador no sonó.

—Eso fue por culpa mía —reconoció Jim, examinando el reloj de su mesilla—; olvidé quitarle el seguro al darle cuerda.

—No importa —Thomas había acabado de afeitarse e intentaba desenchufar la clavija que unía el cordón eléctrico a su Sumbeam. El enchufe se resistía a salir de la rasuradora—. Aún… es… temprano… *¡Uf!*

La exclamación de Thomas obedeció al tirón que hizo salir el enchufe. Pero, por la inercia del impulso, la Sumbeam se escapó de la mano de Tom y fue a golpear el espejo con tanta fuerza que lo rompió en varios fragmentos. Sólo quedó en el marco un triángulo de cristal azogado, en el ángulo superior izquierdo.

—¡Anda, buena la has hecho! —bufó Jim—. ¡El espejo hecho polvo!

Pero Thomas Burke no le oía.

Se había quedado medio encogido, con las manos apoyadas en los bordes del lavabo y la mirada fija en un punto.

En el trozo de espejo que quedaba, y que reflejaba aquella expresión de profundo asombro, de total incredulidad que había quedado impresa en los abiertos ojos y en las contraídas facciones de Thomas.

—¿Qué pasa? ¿Te has cortado? —Jim Olsen estaba desconcertado por la actitud de su amigo—. Supongo que no te habrás vuelto supersticioso por haber roto un espejo, que dicen trae mala suerte…

Tom Burke estaba ausente de todo.

Porque ahora *sabía*.

Sabía con absoluta seguridad, con desesperante certeza.

Y se había encerrado en sí mismo para contemplar las

inconcebibles imágenes que su recuerdo, completamente despertado por aquel en apariencia trivial accidente, lanzaba en vertiginoso desfile ante los ojos de su mente.

Durante un instante, su razón se negó a aceptar lo que su raciocinio le presentaba. Era abominable lo que él ahora conocía.

¡Y monstruoso lo que debía hacer!

Buscó como un loco una salida, una solución, sin hallarla.

Cerró los ojos y las mandíbulas con fuerza, y forzó su cerebro, instándole, a que le diera una respuesta que él sabía era imposible.

Sintió que, por un momento, perdía la razón.

Entonces trató de serenarse. Se apartó del lavabo y, pisando los trozos de espejo esparcidos por el suelo, fue a sentarse a los pies de su cama.

—¡Tom! ¡Tom, responde! ¿Qué te ocurre ahora? ¿Sufres algún ataque? —entonces se dio cuenta de la inquietud de su amigo Jim, que le sacudía por los hombros, mirándole con fijeza.

—No…, no. Dame un trago, ¿quieres?

Jim salió corriendo hacia la cocina-comedor. Y, mientras le oía trastear, Thomas Burke bajó lentamente la mirada hacia su muñeca derecha.

Lo hizo con renuencia, con pena, pues sabía lo que hallaría allí; algo para convencerle de lo que él ahora, antes de verlo, ya estaba seguro.

Se subió el puño de la camisa.

Allí, rodeando su muñeca, tan fino que no lo había visto al ducharse, pero tan complementado con su piel que no lo había percibido al frotarse, pudo observar lo que parecía un delgado hilo de oro, que lanzaba tenues reflejos a la luz del sol.

Con un suspiro de fatalismo, se bajó la manga y entrecruzó los dedos con fuerza.

Había tomado una decisión que estremecía todas las fibras de su ser.

Jim se apresuró a entrar con un alto vaso mediado de «burbón».

—Echa un buen trago, Tom. Te sentirás mejor… Estás muy pálido… —mientras Burke bebía lentamente, su amigo le observaba, preocupado—. Parece que en un momento hubieras envejecido diez años… ¿Qué te ha sucedido, amigo?

Thomas ya sabía lo que debía hacer y cómo tenía que actuar. Su sonrisa casi resultó normal cuando contestó a Jim Olsen:

—Nada; una tontería. Creo que aún estaba nervioso a consecuencia de la… pesadilla de esta noche y, al rompérseme el espejo, he tenido una especie de «shock». Pero, ¿ves?; con este trago

ya me ha pasado.

—¿Seguro? Aún no has recuperado el color —objetó Jim, receloso.

—No te preocupes más, hombre —sonrió Thomas, dándole una palmada en la espalda a su amigo—. Anda, vámonos que tenemos mucho trabajo. Llama el ascensor mientras me pongo la guerrera y la gorra.

—Bueno… Pero antes acaba de beberte lo del vaso; eso te animará.

—Está bien, niñera —accedió, dirigiéndose con el vaso en la mano hacia su armario empotrado.

Jim, al verle tan tranquilo, abrió la puerta del apartamiento y salió al rellano.

Es probable que le hubiera extrañado lo que, mientras, estaba haciendo su amigo, el teniente Thomas Burke, veterano de dos guerras, a sus treinta años, y eficiente investigador al servicio de una de las empresas astronáuticas más ambiciosas del mundo.

Después de colocarse con toda rapidez la guerrera y la gorra, había abierto un cajón inferior, que mostró la funda de una pistola automática.

Thomas la extrajo. Era una ligera y potente *Colt Commander* de reglamento, calibre 45.

Comprobó que su cargador estaba completo, movió la corredera para introducir la primera bala en la recámara y, luego de bajar el percutor y poner el seguro, se la guardó entre el pantalón y la camisa, de forma que apenas abultaba.

Cuando salió, Jim Olsen ya había abierto la puerta del ascensor.

—¿Cómo va eso, muchacho? —le preguntó, al verle.

—¡Como nuevo, Jim! Ese «burbón» es como la estreptomicina: lo cura todo —y mientras hablaba actuaba con toda naturalidad, tal como se había visto obligado a hacer en algunas peligrosas misiones, aunque nunca le había costado tanto esfuerzo fingir como le estaba costando en aquella patética ocasión.

Cuando ya entraban en el ascensor, recordó algo.

Miró su reloj: eran casi las diez de la mañana.

Si él no era víctima de una horrible y auténtica alucinación, a las diez debía ocurrir un pequeño incidente.

Si ocurría tal como él esperaba, no sería sino otra prueba de lo inevitable de su trágico destino.

Pero si no ocurría…

¡Entonces podría albergar la esperanza de estar equivocado, podría tener la felicidad de pensar que, sencillamente, se había

vuelto loco! ¡Podría tirar su automática y entregarse con alegría para que le encerraran en cualquier manicomio!

—¿Por qué no entras, Tom? —inquirió su amigo, con un leve tono de recelo en la voz.

No debía descuidarse. Tenía que seguir fingiendo, engañando. Pero aquélla era una oportunidad para comprobar si podría cumplir su terrible labor.

Por eso exclamó, jovial:

—Para demostrarle que ya estoy en forma, te apuesto a que, saliendo a pie en el mismo momento que tú en el ascensor, yo llego abajo primero.

—¡Acepto! —sonrió Jim Olsen, tranquilizado—. ¡Quien pierda paga el almuerzo!

El ascensor desapareció hacia abajo, y Thomas Burke empezó a descender la escalera sin demasiada prisa. Miró el reloj con ansiedad. Las diez en punto.

Su mirada saltó al cable del ascensor que descendía veloz, deseando que aquel movimiento no se interrumpiera.

Pero en aquel preciso instante se apagó la luz de la escalera y la maquinaria del ascensor se detuvo.

Bajó los dos pisos que le separaban del lugar donde se hallaba Jim Olsen; detenido entre dos pisos.

—¡Eh! ¿Qué truco has empleado para estropear esto? —Jim asomaba la cabeza desde el ascensor, casi a ras del suelo—. ¡Sácame de aquí! ¡Eso no vale!

—No te apures, Jim. Te aseguro que no he hecho nada; se trata de una avería del suministro eléctrico.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo lo supongo, en vista de que también se apagó la luz de la escalera. Voy a avisar al conserje para que te ayude a salir.

—¿Y tú?

—Tengo cierta prisa por ir a mi… cita. No te molestarás si te dejo en este pequeño apuro, ¿verdad? Sólo serán unos minutos de encierro…

—¡Oh, está bien! ¡Lárgate de una vez a ver a tu amor! Pero ¡no esperes que te pague el almuerzo!

Al oír la referencia que su amigo hacía de Jane Wonsworth, la muchacha de quien Thomas se había enamorado, éste sintió como una puñalada en el corazón.

Pero se rehízo y miró de nuevo a su amigo. Tenían la misma edad e igual graduación, pero distintos caracteres; sin embargo, la ingenuidad y sencillez de Jim Olsen había hecho buenas migas con

la seguridad y perspicacia de Thomas Burke, a pesar de que sólo se conocían desde que ambos llegaron al DEPAAC procedentes de diferentes destinos, y con distintos cargos, ya que Jim era perito electrónico y estaba bajo las órdenes técnicas del mayor Frank Bellamy, el ingeniero director.

Sí, Thomas le consideraba un buen amigo.

—Pero ¿por qué me miras así, hombre?

—Perdona… Adiós, amigo Jim…

—«Adiós, amigo Jim» —le remedó éste, sarcástico—. Parece como si no tuviera que ver más tu cara de perro dogo. ¡No tendré esa suerte! Anda, lárgate y envíame al conserje con algo para sacarme de aquí…

Mientras acaba de bajar los últimos escalones, rozó con los dedos la culata de su automática y pensó que, muy probablemente, Jim, tal como habían dicho en broma, «tendría la suerte» de no volver a ver jamás «la cara de perro dogo» de su amigo Tom.

CAPÍTULO II

Cuando salió a la calle, Thomas Burke miró a su alrededor, y pensó:

«¡No es posible! Por fuerza debe tratarse de una pesadilla, de la que despertaré de un momento a otro. No puede ser que toda esa gente que va tan despreocupadamente a sus quehaceres, haya de vivir dentro de unas horas el horror de «aquello». Pero…»

Y su mano izquierda rozó instintivamente el hilo dorado que circundaba, incrustado, su muñeca derecha.

De pronto, a su mente acudió otro recuerdo. Y miró la hora en su reloj.

«Sucederá dentro de un rato —se dijo—, porque yo lógicamente no hubiera salido del ascensor hasta dentro de unos minutos, de haberme hallado dentro de él al interrumpirse la corriente. Luego, andando a mi paso normal, no hubiese llegado ante el garaje antes de las diez y veinte. Vayamos a comprobarlo; eso será la última y definitiva prueba.»

Sumergido en su mundo de pensamientos, el teniente Thomas Burke, de brillante historial como piloto de las USAF y como investigador de la NASA, se puso a andar por la concurrida calle neoyorquina, chocando más de una vez con otros peatones, sin que en ningún caso saliera de sus labios más que un breve «disculpe».

Pareció volver a la realidad dos travesías más abajo, cuando llegó junto a un gran edificio de enormes puertas; un garaje público, donde Burke guardaba su «Ford Mustang» descapotable. Allí se detuvo en la acera, junto a la esquina, y miró otra vez su reloj.

—Aún faltan unos minutos —murmuró.

Sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno y aspiró una larga bocanada. Fumando, dejó que transcurrieran los minutos.

«Ahora —pensó— veré si en efecto es posible alterar lo que va a ocurrir, si mi intervención puede servir para algo, o si, por el contrario, todo lo que se intenta hacer conmigo es completamente

inútil por chocar con lo inmutable…»

De súbito, de la próxima esquina surgió un muchacho, uniformado como «botones» de una floristería, llevando bajo el brazo una caja multicolor y sujetando con ambas manos un «comics», una publicación gráfica de aventuras, que debía de ser sumamente apasionante a juzgar por el interés con que la leía mientras andaba a paso lento.

La mirada de Tom se desvió hacia la puerta del garaje. Dentro, un mecánico estaba pasando un paño por el parabrisas de un «Chevrolet», un «Buick Roadmaster» estaba maniobrando torpemente para salir, y un «Mercury Sport» acababa de ser repostado. Su conductor, un hombre joven de afectada elegancia, casi lanzó el billete al empleado y, deseando salir antes que el «Buick», con la mirada despectivamente clavada en éste, embragó y arrancó en segunda.

«Ahí va ese loco —se dijo Tom, que se había puesto a andar junto al «botones», sin que éste, absorto en los dinámicos dibujos, lo hubiera advertido.»

El muchachito llegó al borde de la línea roja que señalaba la salida de coches del inmueble y prosiguió la marcha sin levantar la mirada.

El conductor del «Mercury» apretó a fondo el acelerador y su vehículo pasó con un rugido a dos dedos del «Buick» y enfiló la salida, recto al punto donde en aquel instante cruzaba el repartidor de la floristería.

Envanecido por el éxito de su maniobra, el «niño bien» se dio cuenta demasiado tarde de la figura humana que se interponía a tres metros de su «Mercury» lanzado. Sus reflejos nerviosos ni siquiera atinaron a retirar el pie del acelerador. El coche se lanzó sobre el «botones».

—¡Cuidado, chico! —aulló Tom, aunque sabía que su advertencia no hubiera servido de nada.

Por eso al mismo tiempo había tirado hacia sí del muchacho, al que había agarrado de un brazo.

Fue tan enérgico el tirón que la cajita de flores cayó de bajo el brazo del «botones».

Antes de que tuviera tiempo de llegar al suelo, fue alcanzada por el cromado radiador del «Mercury» y lanzada a buena distancia. El vehículo pasó rozando a Tom y al chico y, mal gobernado por su desconcertado conductor, fue a arrugar su guardabarro derecho contra una boca de riego, sobre la acera. Allí se detuvo.

Tom, furioso por la irresponsable conducción del «niño bien», se

acercó al coche a grandes zancadas y abrió la portezuela de un tirón, mientras la gente acudía presurosa.

—¿Qué pasa?… —gruñó irritado el conductor.

—¿Le parece poco lo que ha podido pasar? ¡Su insensatez ha estado a punto de convertirle a usted en un homicida! ¡Ese chico ahora estaría ahí tirado, desangrándose, de no ser porque…!

Tom se interrumpió; aquel tipo jamás hubiera comprendido las inauditas circunstancias que habían concurrido para que él, Tom, hubiese tenido la oportunidad de evitar el accidente. Además tampoco podía explicarlas a nadie, todavía.

El joven del «Mercury» interpretó la interrupción de Tom como una muestra de indecisión por parte de éste, y replicó, soberbio:

—¡Si ese estúpido aún está vivo, puede dar gracias a mi rapidez en la maniobra al esquivarle! Por eso he chocado luego aquí… ¡Y usted lo mejor que puede hacer es ir a que le suene su mamá, señor entrometido!…

Tom le agarró violentamente por las solapas de la vistosa chaqueta y lo atrajo hacia sí.

—¡Escuche bien, imbécil! Hoy ha tenido usted la suerte de que yo pudiera apartar a tiempo a ese muchacho, pero, si sigue conduciendo con esa imprudencia y torpeza, acabará…

El joven no le dejó concluir. Humillado por la postura en que Tom le mantenía ante la gente congregada, y al ver que no podía soltarse, su mano se hundió en un bolsillo de la americana, sonó un apagado *clic* y salió empuñando una brillante navaja automática.

—¡Cuidado con el cuchillo! —gritó el «botones», que, aún no repuesto de la impresión causada por el accidente que había estado a punto de sufrir, contemplaba la escena.

Tom, que no esperaba aquella criminal acción por parte del «niño bien», apenas si tuvo el tiempo justo para ladearse y esquivar la hoja por milímetros.

—¡Suelte eso! ¿Se ha vuelto loco? —le espetó—. ¿Es que quiere ir a presidio para toda la vida?

Pero el obcecado individuo no atendía a razones y, rojo de ira, se lanzó con el cuchillo por delante sobre Tom, mientras la gente prorrumpía en exclamaciones y se apartaba, en tanto alguien llamaba a gritos a la policía.

Viendo caer sobre él a aquel energúmeno, Tom se preguntó qué pasaría si él moría o tan sólo resultaba herido en aquel incidente. Las consecuencias serían completamente imprevisibles, catastróficas para mucha gente; tal vez caóticas.

«¡No! ¡No debo permitir que me ocurra nada! —pensó Tom en

aquel instante—. He de eliminar a ese tipo sin que me inutilice.»

Como hiciera en una casi olvidada ocasión, en tiempos de guerra, se dejó caer de plano al suelo, lo cual hizo que su atacante pasara limpiamente sobre él y la punta del cuchillo fuese a arañar el pavimento.

—Muy bien, amigo —exclamó Tom, levantándose—. ¿Quieres gresca? Pues vas a encontrarla.

—¡Dele un buen derechazo, señor! —le animó el «botones», olvidado ya del susto sufrido y enardecido por la pelea.

El «niño bien» se había levantado también del suelo y, al ver acercársele a Tom, lanzó una nueva cuchillada, esta vez dirigida al estómago del teniente.

Pero ahora éste ya estaba en guardia y sólo tuvo que ladearse velozmente y lanzar su diestra con la rapidez de ataque de una serpiente cobra.

Sus dedos engarfiaron la muñeca armada con la navaja automática. Un movimiento de torsión puso el brazo de su contrincante en un ángulo que amenazaba con quebrárselo.

—*¡Agggg!* —bufó el individuo.

Y soltó la navaja.

Tom le empujó hacia atrás, el hombre se tambaleó, pero en seguida, al recuperarse, trató de escabullirse entre la gente.

—¡Ah, eso sí que no, jovencito! —exclamó.

Le sujetó de un hombro y se lo encaró. El «niño bien» intentó un golpe, que fue fácilmente desviado por Tom.

Éste atacó a su vez con un potente derechazo, que alcanzó el tipo en pleno mentón y dio con él al suelo.

Allí se quedó tendido, gimiendo, acobardado.

Tom murmuró:

—Vale más esto que lo que hubiera podido sucederte.

En aquel momento, un coche patrullero de la policía, llamada telefónicamente por alguien, se detuvo en la acera. Un sargento se acercó a Tom.

Éste le mostró su documentación y explicó:

—Me atacó con ese cuchillo al reconvenirle por su imprudente manera de conducir. No deseo presentar denuncia alguna, pero, si es preciso, luego pasaré por la comisaría, sargento; ahora debo cumplir un cometido oficial.

—Bien, señor. Pero hemos de informar, y le agradeceremos su declaración. Pase cuando pueda por la comisaría de este distrito.

Tom asintió y, tras despedirse del sargento, se acercó al «botones».

—Aún no había podido darle las gracias, señor teniente —dijo éste sonriendo—. Sé que le debo la vida y…

—Olvídalo —le atajó Tom, aparentando cierta severidad—, pero no olvides lo que ha podido pasarte por ir distraído por la calle. Lee en casa… y no solamente «comics»; también hay buenos libros muy interesantes de leer.

El muchacho bajó la cabeza, algo avergonzado, y Tom, a guisa de despedida, le dio un amistoso golpe en un hombro.

El «botones» recogió del suelo la maltrecha caja de flores y, pensando en lo que diría el dueño de la floristería al verla en aquel estado, se quedó contemplando a aquel teniente que tan pensativamente se alejaba y que con tanta oportunidad había intervenido para evitarle un grave accidente.

Su asombro no hubiera tenido límites de haber sabido por qué razón Tom había podido salvarle la vida; los más fantásticos relatos de los «comics» que leía le hubieran parecido insípidos al lado de aquella realidad.

El teniente Tom Burke entró en el garaje, a cuya puerta habían acudido casi todos los mecánicos y personal de servicio, los cuales le abrieron paso entre comentarios elogiosos por su actitud.

—¡Buena lección la que le dio usted a ese lechuguino, señor Burke! ¿Saco su coche? —le habló un grueso y alto muchachote, embutido en su mono blanco, manchado por grasas y aceites.

—Sí, gracias, Henry… Ese loco pudo causar una desgracia… En fin; por suerte nada pasó… Esto, Henry… Lléneme el depósito de «super»; creo que debe de estar casi vacío.

Henry se había ido alejando hacia el rincón donde se hallaban los coches a pupilaje. Cuando Tom le habló se hallaba ya dentro del «Mustang» del teniente y, al oír la observación, contestó:

—No, señor Burke; el nivel señala tres cuartos lleno.

—Tengo la impresión de que no va bien ese nivel. ¿Quiere comprobarlo?

—Sí, señor, en seguida. Pero recuerdo que hace un par de días revisamos su coche y los instrumentos del tablero; todo estaba en orden… Veamos con la varilla graduada…

Tom contemplaba con seriedad la operación de medir el contenido del depósito mediante una varilla, que Henry estaba llevando a cabo. El día anterior, cuando Tom dejó su coche en el garaje, estaba seguro de que todo funcionaba a la perfección. Pero en aquellos momentos, aun cuando todavía no se había acercado a su coche, sabía que el indicador de nivel de gasolina estaba estropeado. Y «ahora» no podía perder tiempo quedándose sin

esencia a medio camino.

Henry le sacó de su abstracción al exclamar:

—¡Caramba! Pues ¡es cierto, señor Burke! Pocas millas hubiera usted recorrido con la gasolina que hay. Voy a llenarle el depósito… El nivel funciona mal, es verdad.

Mientras el mecánico colocaba la boca de la manguera en el depósito del coche, siguió comentando con el pensativo Burke:

—Si no tuviera mucha prisa, podría cambiarle ese nivel averiado por uno de nuevo… ¿Qué le parece, señor Burke?

—¿Eh?… ¡Oh, no! Gracias, Henry, pero tengo cierta prisa. Luego, cuando… se lo traiga, podrá hacerlo con calma. Sabiendo que va mal ya no me fiaré de él.

—Y ¿cómo no me lo dijo ayer, señor? Ahora ya estaría arreglado… Porque usted ya sabía ayer que eso no iba bien, ¿verdad, señor Burke?

—¡Oh, claro, claro! —se apresuró a tranquilizarle Tom, al notar el creciente recelo del mecánico—. Sinceramente, lo olvidé por completo… ¿Qué? ¿Ya está lleno?

—Sí, sí, señor… ¿Anoto esos galones de «super» en su cuenta?

—Sí… Es decir, no —cambió de idea al pensar que era muy posible que Henry se quedara sin cobrar. Le alargó un billete, diciéndole—: Quizá tarde algún tiempo en regresar. Cobre de ahí y quédese la vuelta. ¡Adiós, Henry!

—¡Oh, gracias, señor! —exclamó, el mecánico, cuando ya Tom salía en su coche.

El «Mustang» salió a la calzada y enfiló una calle que lo llevaría a las afueras de la ciudad, donde corría la autopista Ciento Dos.

El teniente Tom Burke conducía bien, aprovechando los claros de la circulación para ganar terreno. Pero sólo parte de su mente estaba dedicada a aquella tarea. Pensaba en el accidente que había sucedido ante el garaje y en la avería del nivel de gasolina.

«Bien, si alguna duda me quedaba —se dijo—, lo que acaba de ocurrir la ha disipado. Ya sabía que no había sido un mal sueño, pero me resistía a convencerme. Ahora… Ahora sé que no tengo más remedio que cumplir lo ordenado.»

Y su codo tanteó el duro bulto que, bajo su guerrera, hacía la automática de reglamento.

CAPÍTULO III

Después de atravesar la población de Bridgeport, a cuarenta millas de Nueva York, el teniente Burke hizo tomar a su coche un camino vecinal, paralelo a una carretera secundaria, muy bien cuidada, a la entrada de la cual podía leerse:

U. S. ARMY

DEEPAC

Prohibido el paso a toda persona ajena
a este departamento.

«En estos momentos —pensó Tom al leerlo por enésima vez—, soy completamente ajeno al DEEPAC; soy un verdugo clandestino, alguien que va a cumplir una misión sin precedentes…»

A través de los árboles, a lo lejos, podían verse unas oscuras construcciones, pero el camino vecinal trazaba una curva que las iba rodeando, apartándose cada vez más de ellas.

Cuando el «Mustang» se hallaba situado más o menos a espaldas de aquellas edificaciones, ahora invisibles al otro lado de la arboleda, Tom giró el volante y lo hizo salir del camino, llevando la primera marcha puesta con el fin de no levantar polvo con las ruedas. Despacio, lo hizo avanzar por entre los troncos de los árboles y lo detuvo en medio de ellos, en un punto desde el cual quedaba oculto para quien pudiera pasar por el camino vecinal o por la carretera privada.

«Debería dejar el motor en marcha —pensó Tom mientras se colocaba sus guantes de cuero—, pero temo que el ronroneo del motor en «ralentí» pueda ser oído, con lo que el coche sería descubierto; es mejor pararlo.»

Cerró el encendido, se guardó las llaves y cerró la portezuela sin hacer ruido. Luego anduvo hasta atravesar el bosquecillo y se paró tras el último árbol.

Ante él se ofrecía una extensión de terreno cubierto de hierba con algún que otro árbol solitario. Al fondo, una valla electrificada cercaba un grupo de unas seis o siete edificaciones de planta y un piso, de severo aspecto.

La carretera privada concluía ante la única puerta de la valla electrificada, situada en el punto opuesto a donde se hallaba Tom, guardada por un policía militar, que quedaba oculto a los ojos del teniente por las edificaciones rodeadas por la extensa valla.

Tom se aseguró, vigilando atentamente a su alrededor, de que no había nadie a la vista, ni tras las ventanas visibles ni fuera de los edificios.

—Bueno, no puedo perder aquí toda la mañana —se dijo Tom, dando un vistazo a su reloj, que en aquel momento señalaba las once y cinco—. Hay que saltar esa valla y… cumplir la misión.

No quería pensar en lo que debería hacer dentro de muy breves segundos, si conseguía entrar en los sótanos de la dependencia señalada con el letrero de *Experimentaciones Físicoelectrónicas*. Ahora sólo quería recordar las instrucciones recibidas no sabía cuánto tiempo atrás:

«En la parte sudoeste de la valla, a unos ochenta pies de la esquina, hay un árbol que queda relativamente cerca de la alambrada. Súbase a él y gatee por la rama que pasa por encima de la valla. Luego salte dentro del recinto. Para salir, llévese una tabla del primer edificio que encontrará a mano izquierda; el almacén del carpintero, cuya puerta siempre está abierta. Coloque la tabla contra la alambrada, trepe por la madera y salte desde el borde sin tocar los alambres.»

Bien; a unas cincuenta yardas de donde él se hallaba podía ver el árbol vecino a la valla; un añoso roble, alto y majestuoso, una de cuyas ramas, en efecto, pasaba a cierta altura por encima de la alambrada, sobre la cual podían leerse unos letreros, colocados a equidistante separación, que rezaban:

No se acerquen. Peligro. Valla electrificada.
Instalaciones propiedad del Ejército
de los Estados Unidos.

Tom se aseguró de que su automática estaba bien sujeta, dio un último vistazo en torno y, procurando no tropezar ni hacer ruido, emprendió una veloz carrera hasta llegar tras el tronco del roble.

Allí se detuvo, ligeramente jadeante, se agarró a las asperezas del tronco y trepó, ágilmente, hasta llegar a la primera rama. Desde allí pudo ver al policía militar, que se había acercado a la puerta de

la casilla de cemento armado, ubicada junto a la entrada, y también pudo ver a un compañero del primero, que, sin llevar el casco puesto y andando con indolencia, se dirigía hacia una construcción situada a la derecha.

«Va a la cantina —pensó Tom—; tome lo que tome, estará un par de minutos dentro. Ahora es la ocasión de saltar.»

En efecto, el policía había desaparecido tras el edificio de la cantina, y Tom, dejándose colgar, pero sujeto a la rama con brazos y piernas, fue avanzando lo más rápidamente que le fue posible por la áspera rama, hasta que hubo pasado la valla, cargada con un voltaje si no mortal, sí lo suficiente alto para inutilizar por un buen rato a quien cometiera la imprudencia de tocar los alambres.

Luego se dejó colgar las piernas, ya dentro del espacio cercado, y finalmente se soltó.

Tom esperaba caer casi sin ruido sobre el suelo de tierra apisonada, pero su sorpresa y sobresalto fueron enormes cuando sus pies chocaron ruidosamente contra un tablón caído en el suelo, y que al mirar a través de la gruesa malla metálica le había pasado inadvertido.

Incorporado a medias y con una mano en la culata de la *Colt*, aunque sin sacarla, miró con tensión a su alrededor.

Al parecer, a nadie le había extrañado aquel ruido, por lo que Tom, algo más tranquilo, alcanzó de dos zancadas el muro del almacén y se pegó a él. Veloz, anduvo hasta la esquina del edificio y ya iba a doblar cuando le hizo detenerse en seco una voz que llamaba:

—Red, ¿te caíste sobre tus maderas?… ¿Estás ahí?

Con el corazón palpitándole con fuerza, Tom clavó una rodilla en tierra y se arriesgó a asomar un ojo por la esquina, a poca distancia del suelo. Y lo que vio no le gustó en absoluto.

El policía militar a quien Tom viera dirigirse hacia la cantina, al parecer tenía un fino oído y había captado desde allí el ruido hecho por Burke, aunque lo había atribuido a una caída de Red, el carpintero, en el almacén de madera, en cuya abierta puerta se había plantado el policía y miraba hacia el interior.

Desde su forzado punto de observación, Tom vio como el hombre, al darse cuenta de que el local estaba vacío, empezaba a inquietarse, miraba hacia el trozo de valla visible desde donde se hallaba, y se ponía en marcha hacia allí, a través del estrecho callejón formado por los dos bajos edificios. La mano derecha del policía descendió y empezó a desabrochar la funda de su pesada *Colt Government*.

Vivamente, Tom retrocedió y se irguió. Por un momento no supo qué hacer; si echar a correr o asomar por la esquina su *Colt Commander*, más ligera pero no menos mortífera que la del policía militar, y disparar sobre éste. Pero en seguida se dijo que no podía hacer nada de aquello, si quería realizar su plan. El policía debía ser eliminado en completo silencio; la presencia de Tom no debía ser descubierta; al menos, de momento.

«Además —se dijo Tom en aquel breve instante— este hombre no hace más que cumplir con su deber; no puedo asesinarlo.»

Al tomar la decisión final lo hizo habiendo recuperado aquella fría serenidad que de tantos apuros le había sacado en pasadas acciones bélicas, cuando se encontró enzarzado en innumerables misiones de «comando», pisando lejanos países agitados por la guerra…

«He de atacarle por sorpresa, sin darle tiempo a que pueda reconocerme y eliminándole sin dañarle, como si fuera un rehén.»

Fue contando los pasos, cada vez más apresurados, del policía militar que se acercaba y, calculando con asombrosa precisión, bajó con fuerza la mano armada justo en el momento en que el hombre uniformado de caqui y con correajes blancos hacía su aparición en la esquina del edificio, pistola en mano, mirando hacia la valla.

El cañón de la *Colt* del teniente Burke golpeó de lado, con fuerza controlada, la cabeza del policía. Éste lanzó un ahogado gemido e, instintivamente, su mano se engarfió en torno a la culata de la pistola que empuñaba, mientras con el índice oprimía el gatillo.

Por suerte para Tom, el hombre no había montado la corredera del arma, quizá por no considerarse en peligro inminente, y de la *Colt* no brotó ningún disparo, por hallarse la recámara vacía.

Sin otra reacción, el policía se desplomó en silencio, sujetado a medias por Tom, sin que hubiera tenido oportunidad de ver el rostro del que le había privado del conocimiento.

Luego de asegurarse de que la breve refriega no había sido observada, sujetó al hombre por el cuello de la guerrera y lo arrastró hasta dejarlo en el interior del almacén de maderas, ocultó tras un montón de tablones. Calculó que aún permanecería sin sentido durante unos minutos, pero tomó la precaución de amordazarle, esposarle y atarle los pies, utilizando para ello el pañuelo, las esposas y el cinturón del propio policía. La *Colt Government* fue a parar debajo de un cajón.

Tom se asomó con precaución a la puerta. Nada de particular se veía, aunque no podía saber de cuánto tiempo disponía antes de que la ausencia del policía militar fuera notada. Debía actuar con

rapidez.

Desde el almacén de maderas, el teniente Burke, siempre manteniéndose pegado a los muros, fue deslizándose por la parte posterior de las edificaciones, frente a la valla electrificada, hasta llegar a la puerta trasera de una de las construcciones, sobre cuyo dintel un pequeño letrero rezaba:

Experimentaciones Físicoelectrónicas.
Entrada de materiales.

Thomas sacó un llavero del bolsillo, y de él escogió una llave plana, que aplicó a la cerradura Yale. Abrió en silencio y penetró en el oscuro interior. Luego ajustó la puerta con el mismo sigilo, aunque no la cerró con llave.

Esperó unos segundos, que a él le parecieron eternos, hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra reinante, ya que no podía exponerse a andar a ciegas y tropezar, con el consiguiente ruido, con cualquier caja o bidón de los que atestaban aquel almacén.

Cuando ya pudo distinguir los objetos que le rodeaban, avanzó, andando de puntillas, hasta la puerta interior que comunicaba con el pasillo de la planta baja. Hizo girar el tirador y escuchó con atención.

Del piso alto, cuya escalera estaba al fondo del pasillo, llegaba de vez en cuando el entrechocar de objetos de cristal.

«Es Carpenter, el ayudante, ocupado en el análisis encargado por la profesora», pensó Thomas, sombrío.

Miró su reloj, que marcaba las once y diez minutos, y no pudo evitar un estremecimiento al añadir para sí mismo:

«¡Está muerto! Fue la primera víctima… Morirá a las doce y treinta y cinco; dentro de ochenta y cinco minutos…, si mi actuación no sirve de nada.»

Luego dirigió su atención a la puerta que quedaba al otro lado del pasillo, justamente enfrente de donde él se encontraba. La puerta que conducía al sótano.

Cruzó el pasillo en silencio, mientras desde arriba seguían llegando pequeños ruidos, causados por alguien que manipulaba cristal. La puerta del sótano tenía un gran vidrio esmerilado en su mitad superior, para dar paso a la luz que iluminaba los escalones.

Tom la abrió girando el tirador, pues no estaba cerrada con llave, y la cerró en seguida tras él. De pie en el rellano que había tras la puerta, observó la rendija de luz azulada que brotaba al final de la escalera, allá abajo, a ras del suelo. Un apagado zumbido subía hasta él, casi inaudible.

«Ahora sí ha llegado el momento —se dijo Thomas, al sentir que un frío sudor cubría su frente y su corazón golpeaba con más violencia—. No quisiera… ¡Dios sabe que no quisiera!… Pero… Pero he de matar. ¡Tengo que matar, y destruir luego a las Tinieblas!…»

Estaba tan tembloroso que tuvo que apoyarse en la pared y respirar hondo un par de veces para serenarse. Luego, con las mandíbulas apretadas con determinación, extrajo su automática, le quitó el seguro y montó el percutor.

Frente a él había unos colgadores, algunos de los cuales estaban ocupados por blancas batas de laboratorio y delantales de cuero.

Cogió un par de las primeras y con ellas hizo una especie de bola, un pequeño almohadón, que mantuvo oprimido contra la boca de la *Colt Commander*.

«Esto no es tan bueno como un silenciador —pensó, lúgubre—, pero espero que ahogue lo suficiente la detonación.

No podía entretenerse más. Con silenciosa rapidez bajó el resto de los escalones hasta llegar a la puerta inferior, por cuyo umbral salía un reflejo de la luz azulada que debía de estar encendida en el interior. El zumbido metálico era allí más perceptible.

Tom no quiso pensar más. Un rictus de amargura curvaba su boca, pero con determinación bajó el tirador, utilizando para ello el codo derecho, ya que tenía ambas manos ocupadas por el arma y la almohadilla, y con el hombro empujó la puerta, que al abrirse con violencia y chocar con la pared, resonó como el portón de unas catacumbas.

Las manos del teniente Thomas Burke se elevaron y, por encima del punto de mira de su automática, vio la misma escena que esperaba hallar. ¡Una escena que él ya había contemplado y que, sin embargo, aún tenía que desarrollarse!

El sótano era un completísimo laboratorio, cuyas paredes cubiertas de analizadores electrónicos y máquinas para medidas físicas, indicaban que se destinaba a importantes investigaciones científicas. Unos armarios metálicos se alineaban al fondo, y sobre las mesas que llenaban la estancia podían verse diversos y complicados aparatos, en proceso de construcción a juzgar por los accesorios que los rodeaban. Una tenue luz indirecta, de tono azulado, lo iluminaba todo sin crear sombras.

Y en la mesa adosada a la pared frontera a la puerta donde se hallaba Thomas, dos aparatos estaban en funcionamiento, emitiendo sus diferentes vibraciones; uno era un sencillo proyector de rayos ultravioleta, parcialmente desmontado, conectado al

circuito de análisis de un modernísimo oscilador a rayos catódicos, cuya pantalla, cruzada constantemente por una onda oscilante, lanzaba verdes reflejos sobre la figura que, sentada en una alta silla metálica, se hallaba inmóvil de cara al analizador.

La automática de Thomas, aunque temblando visiblemente por la lucha que consigo mismo estaba manteniendo el teniente, apuntó al bello cuerpo femenino ceñido por la blanca bata y se detuvo a la altura de la cabeza cubierta por una rubia y larga cabellera.

El teniente Thomas Burke, héroe de la guerra de Corea y hombre de confianza de la poderosa NASA, iba a disparar por la espalda sobre una mujer joven, indefensa. ¡Iba a matar a una de las más importantes científicas de los Estados Unidos, a una muchacha a la que él, personalmente, apreciaba mucho!

«¡He de disparar ahora, *ahora* que está absorta en su trabajo! —se dijo, angustiado—. Ahora que está inmóvil. Antes de que me oiga… Aunque, con el golpe que ha dado la puerta, es raro que…»

Durante una fracción de segundo pensó que quizá la muchacha estaba dormida, tal vez desmayada…

«Mejor para ella, si es así; se ahorrará la angustia del momento final, y la terrible sorpresa de ver que soy yo quien la hiero, sin que la pobre pudiera comprender el porqué de mi acto…», observó para sí Thomas, en aquel breve instante, mientras permanecía con la automática en alto, sin haberse decidido aún a disparar.

La figura femenina continuaba tan inmóvil como estaba cuando Tom irrumpió en el sótano.

El teniente Thomas Burke no pudo resistir por más tiempo la tensión de aquel dramático momento. Le era penosamente difícil disparar a mansalva sobre una persona inconsciente, a pesar de los razonamientos que se hacía.

—¡Profesora Wonsworth! —la llamada se escapó de su contraído, boca casi sin que él lo ordenara.

Y su mano se aferró aún más a la empuñadura de la pistola, esperando sólo a que la sobresaltada mujer se pusiera en pie y se volviera hacia él.

Pero, ante su desconcierto y su incomprensión, la profesora siguió en su indiferente inmovilidad, como hipnotizada por la verdosa pantalla del osciloscopio.

Thomas perdió la serenidad ante aquella falta de reacción, aquel comportamiento insólito. Con voz aguda gritó:

—¡¡Profesora Wonsworth!!

Pero obtuvo el mismo negativo resultado. La figura femenina siguió quieta, recostada en la silla.

Thomas, sin saber qué pensar, avanzó a grandes pasos hacia ella, al tiempo que exclamaba:

—¡Profesora, míreme!… ¡Vuélvase, por lo que más quiera!… ¡Despierte!…

Llegó junto a la mesa y se encaró con la muchacha que tan inmóvil había permanecido en su silla, a pesar de sus llamadas. Entonces vio, aunque apenas podía comprender lo que contemplaba, que la rubia mujer estaba como encogida, con los ojos abiertos, vidriados, aunque reflejando todavía una expresión de incredulidad y dolorosa sorpresa.

La profesora Wonsworth no despertaría, por mucho que Tom gritara o por más ruido que hiciera, debido a que la rubia muchacha estaba durmiendo el sueño de la eternidad; sobre su blanca bata, a la altura de su atractivo busto, una roja flor de sangre se extendía por la tela chamuscada por la pólvora, allí donde un proyectil disparado a bocajarro le había producido la muerte instantánea.

—No, no puede ser, Dios mío —musitó Thomas, pasándose por la frente la manga del brazo armado—. ¡Nada se había hablado de eso!… ¿Por qué la han matado?… Y ¿quién ha sido?…

Aquella última pregunta hecha a sí mismo le trajo a la memoria una imagen que podía ser la respuesta, al menos en parte: Tom se había encontrado inmerso en negras tinieblas, sabiendo que se hallaba solo en un lugar donde nadie más debía estar. Recordaba que estaba mirando el punto rojo brillante, único signo de luz en aquellas angustiosas negruras, cuando *algo* cruzó entre él y la luz roja, interrumpiendo ésta por una breve fracción de tiempo; el suficiente para delatar que Thomas, a pesar de lo planeado, no se hallaba solo en aquella alucinante situación.

—¡Sí! ¡Ha sido *el otro*, quien quiera que sea el que vino conmigo! ¡*Él* la mató, cielo santo!… Pero, ¿por qué?…

Como atraída por un imán, y en respuesta a aquella pregunta, la mirada del teniente se volvió con rapidez hacia los armarios metálicos sitos al fondo del laboratorio; concretamente se fijó en el último de la fila. Su puerta estaba cerrada, igual que las de los demás armarios. Thomas recordó una frase, pronunciada por aquella misma muchacha que ahora estaba muerta ante él:

«La Máquina Negra estará en el armario donde tú la viste; la llave para abrirlo estará en el bolsillo derecho de mi bata… Cuando me hayas matado, cógela…»

Evitando mirar el rostro de la profesora y sintiendo una extraña opresión en el pecho, introdujo la mano en el bolsillo de la bata que aquélla vestía.

¡Estaba vacío!

Frenéticamente buscó en el bolsillo del otro lado, sin hallar llave alguna. Volvió la mirada al armario del fondo.

—¡He de abrirlo como sea! ¡La Máquina no puede quedar ahí!

Recogió del suelo el lío de ropa que había hecho para que le sirviera de silenciador, y que antes había dejado caer inconscientemente, y se acercó al armario en pocas zancadas.

Un simple vistazo le convenció de que perdería mucho tiempo intentando forzar la cerradura apalancando. Por eso puso sobre ella la pelota hecha con las batas y la sujetó allí con el cañón de su automática, de forma que la boca del arma apuntara al ojo de la cerradura.

Hundió el *Colt* con fuerza en el improvisado almohadón y apretó el gatillo.

La detonación quedó muy apagada por las numerosas capas de tela, aunque resonó por el laboratorio subterráneo como un funerario golpe de tambor.

Mientras apartaba el humeante almohadón y abría la puerta metálica del armario, taladrada y combada por el proyectil blindado, Tom escuchó, tratando de averiguar si el disparo había sido oído.

Sólo pudo percibir el tintineo que producía al rodar por el suelo, bajo alguna mesa, el cartucho vacío expulsado por la automática.

Volvió a guardarse ésta y, utilizando ambas manos, logró vencer la resistencia que aún oponía la destrozada cerradura. El armario quedó abierto.

La mirada de Thomas voló hacia el primer estante, y de su boca escapó una apagada maldición, aunque ya se temía lo que estaba viendo.

—¡Vacío! —murmuró—. El que mató a la profesora se ha llevado la máquina… Lo cual demuestra que el que ha cometido este asesinato para robarla, estaba muy enterado de todo… ¡No ha podido ser más que uno de los propios organizadores!

Revisó con rapidez los diversos aparatos que se hallaban en las otras estanterías, por si acaso lo que buscaba estaba entre ellos, aunque el resultado fue infructuoso.

—¿Para qué se la habrán llevado? —musitó, mirando a su alrededor, desconcertado—. ¡Es un peligro para *cualquier* humano! Y ¿qué hago yo ahora? ¿De qué habrá servido todo lo que hemos hecho si la máquina no es destruida?… ¡El desastre puede surgir en cualquier momento!

Sus pasos le llevaron de nuevo al lado del cadáver de la

profesora. Allí se fijó en algunos detalles que antes no había advertido.

—La sangre de la bata aún no se ha coagulado —observó casi para sí—; no hace muchos minutos que fue asesinada. Y el primer cajón a la derecha de su mesa está entreabierto…

Acabó de abrirlo del todo y miró su contenido: unos bolígrafos, un paquete mediado de cigarrillos «Lucky Strike», un encendedor *Ronson*, modelo femenino, y una caja de cartuchos para revólver *Webley*, calibre 32.

—¡Pero el revólver también ha desaparecido! —exclamó Thomas —. Seguramente se lo llevó el que la mató… y hasta es posible que la eliminara con esa arma… Recuerdo bien que ella la guardaba en este cajón, y que de aquí la sacó para tratar de defenderse de… aquello.

Volvió a cerrar el cajón y se dirigió hacia la puerta del sótano.

—Nada más puedo hacer aquí —se dijo—. Creo que ahora lo mejor es salir antes de que llegue «ella», antes de que la policía me detenga. Luego, con calma, trataré de pensar quién puede tener la Máquina; a quién ha podido ocurrírsele el retorcido plan de robarla, y para qué.

Ya junto a la salida del laboratorio, se volvió hacia la profesora muerta y murmuró, como una despedida:

—La parte más desagradable de mi misión ya ha sido realizada por una mente criminal. Pero mi trabajo no acabará hasta dar con el paradero de la Máquina, y sólo cuando la haya destruido.

Decidido, dio media vuelta, dispuesto a subir rápida y sigilosamente las escaleras.

Pero su movimiento se detuvo en seco. Porque frente a él, mirando con ojos desorbitados por la sorpresa y el dolor, se hallaba una mujer, joven y rubia, que parecía la reencarnación exacta del cadáver sentado ante la mesa.

—¡Profesora Wonsworth! —musitó Thomas, y su mirada, casi inconscientemente, miró la hora en su «Leónidas».

Las once y veintitrés minutos. ¡Sabía que a esa hora llegaría ella al laboratorio, pero los imprevistos acontecimientos le habían hecho perder la noción del tiempo!

¡Ahora estaba descubierto!

—Dios mío… ¡Mi hermana… muerta! —sollozaba la recién llegada, que se había abalanzado a abrazar el cuerpo de la muchacha asesinada—. ¿Por qué…? ¿Por qué la ha matado, teniente?… ¡¿Por qué?!

Miró con fijeza a aquella mujer a la que creyó no volver a ver

más. Llevando aún la pistola colgando de la mano, se acercó a ella y le dijo, vacilante:

—Profesora… Le aseguro…, le juro que no he sido yo quien la ha matado… aunque…

—¡Cállese, asesino! —exclamó ella, mirándole con odio por entre las lágrimas—. ¡Aún lleva el arma en la mano, y se huele el humo del disparo con que ha matado a mi hermana!

El subconsciente de Thomas le confirmó algo que él ya había, notado inconscientemente desde el primer momento de entrar en el sótano; ya entonces flotaba en el aire un leve olor a cordita quemada, que en su excitación no había tenido en cuenta.

—Sería inútil que tratara de explicarme, profesora —contestó Thomas a la acusación de la muchacha—. Usted no podría creer la verdad ni comprendería qué motivos han podido impulsar al que haya asesinado a su hermana. No puedo explicarle por qué estoy aquí, aunque puedo decirle que vine cumpliendo rigurosas órdenes. Y, créame; yo no maté a su hermana. Ahora debo salir de aquí; mi misión no ha concluido. Siento… siento mucho su sufrimiento…

Dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera colocándose la automática entre la cincha del pantalón y la camisa. Pero le detuvo la voz de ella, que estaba gritando:

—¡No escapará, criminal! ¡No puede ser cierto que esté cumpliendo órdenes! ¡Todas sus atenciones, su simpatía y bondad eran falsas! No sé sus oscuros propósitos, pero intenta huir y eso basta. ¡Yo le detendré como sea!

Thomas se volvió y pudo ver cómo la muchacha, nerviosamente, manoteaba en el primer cajón de la derecha de la mesa. Comprendió qué era lo que ella buscaba y con una triste sonrisa le dijo:

—Es inútil, profesora; el revólver que guardaban en ese cajón ya no está ahí. El asesino también sabía su existencia, y lo sacó no sé cuándo para matar a su hermana. Ahora… Lo siento, pero debo atarla y amordazarla a usted para que no me impida salir.

Sus palabras fueron un error.

La profesora, con los ojos desorbitados, vio avanzar hacia ella al joven pero corpulento teniente, que tenía el ceño fruncido y empezando a desliar su pañuelo con la evidente intención de amordazarla. Ella, dando un ahogado chillido, se apartó de la mesa y corrió hacia el ángulo opuesto a los armarios del fondo.

Allí se encontraba empotrada una caja metálica cuya tapa era un cristal de color rojo. La mujer se dirigió hacia allí apresuradamente.

—¡No! ¡Espere! —le gritó él al comprender sus intenciones—.

¡No lo haga! ¡No dé la alarma!… ¡Deténgase o disparo!

—¡Impídalo, si puede! Vendrá el servicio contra incendios… ¡y también la policía!

Al tiempo que hablaba levantó un puño, en el que brillaban las esmaltadas uñas, con la evidente intención de descargarlo contra el cristal del servicio de emergencia contra incendios, independiente del servicio automático.

El teniente Burke fue más rápido.

No había tenido ni la más remota intención de disparar contra aquella mujer, pero había intentado disuadirla con una amenaza. Sin embargo, al ver que la entereza de aquella mujer la hacía desdeñar el peligro, obsesionada sólo en que el presunto asesino de su hermana fuera detenido, se lanzó hacia ella.

Su mano, disparada con la velocidad de una flecha, alcanzó en el aire la esbelta muñeca de la profesora, impidiendo que pudiera romper el cristal, con lo que se hubiera puesto en marcha un timbre de alarma.

—¡Venga acá! —exclamó Thomas, tirando de ella sin muchas consideraciones—. ¡En el tiempo que nos tratamos, hubiera debido conocerme lo suficiente para saber cuándo digo la verdad!

—¡Pues llame a la policía! —chilló ella, debatiéndose entre las manos del teniente—. ¡Llame a su jefe, el mayor Bellamy, y que él confirme que está usted de servicio!…

—Lo siento, profesora Wonsworth, pero sería inútil —contestó Tom, mientras se llevaba casi a rastras a la muchacha para atarla a una silla—. La policía no creería mis explicaciones, y el mayor Bellamy no podría confirmar las rigurosas órdenes de él que estoy cumpliendo… por la sencilla razón de que no me las ha dado todavía.

Al oír aquella absurda declaración, la muchacha se quedó inmóvil, contemplando con hipnotizada fijeza las tensas facciones del joven teniente. Con un hilo de voz musitó:

—Ahora estoy segura; ¡usted está loco!

Capítulo IV

Tan sorprendida había quedado la muchacha a quien Thomas llamaba profesora Wonsworth, que apenas opuso resistencia cuando éste la hizo sentarse en una de las sillas del laboratorio subterráneo y empezó a amordazarla con el pañuelo que se había sacado del bolsillo.

Sin embargo, hubiera debido vigilar los enrojecidos ojos de la mujer, en lugar de poner toda su atención en taparle la boca sin lastimarla.

Porque ella estaba mirándole de nuevo con toda intensidad, aunque ahora había en sus ojos una nueva expresión, mezcla de pena y aprensión. Y luego sus pupilas giraron en torno con ansia, buscando una escapatoria.

El teniente Burke, ocupado en anudar el pañuelo en el cogote de la muchacha, se dio cuenta de lo que ocurría cuando ya el zapato izquierdo de la profesora estaba volando en dirección al cristal rojo.

Demasiado tarde comprendió que ella había aprovechado su fugaz distracción para quitarse el zapato, a pesar de que sus brazos parecían caer exangües a lo largo de su bello cuerpo, y que con un gesto brusco había lanzado el improvisado proyectil con excelente puntería.

Eso se lo confirmó el estrépito causado por el cristal al romperse, y el estridente sonido de un timbre que instantáneamente resonó por toda la edificación, puesto en marcha por un circuito electrónico de resistencia-capacidad.

—¡No debió hacerlo! —estalló Thomas—. ¿Por qué diablos no creyó en mis palabras?…

Corrió hacia las escaleras, comprendiendo que nadie en su sano juicio hubiera creído sus veladas explicaciones, y que ahora le urgía huir de allí. Sin embargo, era tanta su ira y su impotencia por no poder dominar los acontecimientos, que no pudo reprimirse de gritarle a la muchacha:

—¡Y no es por lo que pueda ocurrirme a mí, profesora! Me…

aterra pensar lo que puede pasarle al Mundo…

Al ver la extraña expresión del rostro de Thomas al pronunciar aquellas palabras, la muchacha, sorprendida, interrumpió su frenética tarea de quitarse la mordaza, ya que Tom no había tenido tiempo de atarle los brazos.

Pero al ver cómo el teniente desaparecía escaleras arriba empuñando de nuevo su pistola, la profesora corrió hacia el teléfono de la mesa más próxima y marcó el número uno.

Al instante una voz recia preguntó:

—¿Qué ocurre, laboratorio? El equipo contra incendios ya va hacia ahí. Aquí es la estación de policía del recinto…

—¡Ya lo sé! —le atajó ella, nerviosa—. ¡Vengan en seguida! ¡Han asesinado a mi hermana, la profesora Wonsworth!… Y creo que el teniente Burke se ha vuelto loco.

—¿Eh, qué dice, profesora? ¿El teniente Burke? ¿El inspector de proyectos ha matado a su hermana?…

—No sé… No sé si ha sido él… —dudó la muchacha, recordando las palabras pronunciadas por el joven—. Pero ¡le he sorprendido registrando el laboratorio, junto al cuerpo de mi hermana, muerta de un disparo! Y el teniente estaba con una pistola en la mano… Intentó detenerme, pero pude dar la alarma… Y él huye…

—¡Oh, así no hay duda de que ha sido él! —exclamó el oficial de guardia—. ¡Daré la alarma general!

Al instante la profesora pudo oír, incluso desde el profundo sótano del laboratorio, el ulular de una sirena cuyo sonido se extendía por todo el recinto y sus inmediaciones: la señal de alarma.

—¡Aguarde! —gritó la joven, al comprender las dramáticas consecuencias que su denuncia podía tener—. Él dice que ya la halló muerta…

Se interrumpió al oír el chasquido del teléfono al ser colgado en el otro extremo de la línea.

—¡Oiga, oficial! ¡Escúcheme! —chilló, intentando frenéticamente reanudar la comunicación—. Deténganle para preguntarle… ¡No le disparen!…

Al no recibir respuesta soltó el teléfono y se volvió, pasándose una mano por la frente. Había vivido tan fuertes emociones en los últimos minutos como jamás creyera poder soportar.

Sin poder pensar con claridad aún, se dirigió hacia donde permanecía el cadáver de su hermana.

Con mano temblorosa cerró los ojos de la muerta, ya que le era insoportable ver el asombrado terror que se había helado en ellos.

Luego la joven profesora se dejó caer al suelo, junto a la silla

ocupada por su hermana, y apoyó brazos y frente en el regazo de ésta, abandonándose a un llanto que estremecía toda su esbelta figura.

***

Cuando el teniente Thomas Burke llegó al rellano superior de la escalera, se detuvo un instante, respirando agitadamente.

Debía pensar con rapidez, debía hallar un medio de salir del recinto de experimentaciones de la DEEPAC, aunque ello parecía imposible.

Los hombres que componían el servicio contra incendios iban a entrar de un momento a otro; Tom podía oír ya el ruido de un vehículo que se acercaba desde el otro lado del recinto, donde estaba el retén de policía y bomberos.

«Esperaré junto a la puerta posterior —se decidió—; cuando esos hombres hayan entrado, escaparé por donde vine… si me dan tiempo.»

Salió al pasillo. Y se detuvo en seco.

Alguien bajaba apresuradamente las escaleras del piso superior, atraído por el timbre de alarma, que no dejaba de sonar.

Antes de que Thomas pudiera alcanzar la puerta del pasillo que daba al zaguán posterior, una figura envuelta en una bata blanca se materializó al fondo del pasillo, al acabar de bajar las escaleras. Tuvo el tiempo justo para esconderse la automática.

Al teniente se le antojó que el recién llegado tenía algo de espectral, de fantasmagórico, porque ¡él había presenciado la muerte de aquel hombre!

—Fue una muerte horrible e inconcebible para cualquier humano… al menos hasta hoy —se dijo Thomas, sobrecogido por el recuerdo.

—¡Teniente Burke! No le oí entrar…

La voz del hombre le volvió al instante a la crítica realidad.

—Carpenter… hay… hay fuego abajo. Baje a ayudar mientras hago entrar a los bomberos…

—¡Oh, sí, señor!

Thomas miró con recelo al hombre, que desempeñaba el cargo de ayudante de la fallecida profesora Wonsworth. Pero éste, excitado por el supuesto incendio, pasó apresuradamente junto al joven, olvidando su extrañeza por verle allí.

Tan pronto como el teniente vio desaparecer las anchas espaldas de Carpenter por la escalera del sótano se abalanzó hacia el zaguán donde estaba la puerta posterior, pero su acción se vio frenada de

nuevo, esta vez por la perentoria llamada que sonó en la puerta principal.

«¡Cielos! Si no abro, Carpenter, que está a media escalera, subirá a averiguar el porqué —pensó Thomas en un instante, poniéndose a correr ya hacia la puerta principal—. He de arriesgarme a salir por ahí.»

Descorrió la cerradura de seguridad y abrió la puerta de golpe.

Se encontró encarado a dos hombres del servicio contra incendios, armados con sendos extintores de espuma. Un poco más abajo estaba detenida una furgoneta roja, cuya puerta posterior abierta dejaba ver diverso material para uso de los bomberos.

Antes de que pudieran preguntarle algo, Thomas les apremió:

—¡Corran! ¡El fuego está en el sótano! ¡Aprisa!

Los dos hombres desaparecieron corriendo pasillo adentro.

Thomas, aunque no podía desperdiciar un solo segundo, pues comprendía que su engaño duraría muy poco, destinó unos instantes a cerrar la puerta, y apresuradamente la aseguró con doble vuelta, utilizando sus propias llaves.

«Eso les entretendrá cuando quieran salir tras de mí —calculó.»

Corrió hacia la furgoneta, al tiempo que miraba a su alrededor. De momento sólo habían salido un par de individuos en bata blanca a la puerta de un alejado pabellón, y una secretaria miraba desde detrás de los cristales de la Administración, quizá atraídos por el paso de la furgoneta contra incendios. Pero no había más policía a la vista que el de la puerta principal.

«Con la furgoneta llegaré en unos instantes al extremo posterior del recinto; allí saltaré la valla y, una vez en mi coche, no creo que me alcancen —decidió.»

Abrió la portezuela, y ya iba a penetrar en la cabina cuando se dio cuenta de que ésta no estaba vacía.

Un hombre, ya mayor aunque no viejo, estaba sentado tras el volante. Su uniforme era el del servicio contra incendios.

—¡Rayos! ¡No pensé en el chófer! —exclamó Thomas para sí. Y añadió en voz alta, imperativo:

—¡Salga rápido, conductor! ¡Sus compañeros necesitan ayuda! ¡Corra, vaya!

El buen hombre, al verse acuciado así por el oficial, se apresuró a bajar del vehículo por delante de Thomas.

Éste se fijó en que las llaves permanecían en el encendido y que el motor funcionaba al «rellantí». Media vuelta al volante, un acelerón, y se encontraría tras los edificios del fondo, junto a la valla, y a la salvación.

Y fue en aquel momento cuando sonó la sirena de alarma en todo el recinto.

Thomas se quedó como helado.

El conductor de la furgoneta, que estaba detenido junto al teniente, se quedó mirando al joven con expresión de asombro.

Quizá no sospechaba de él, y sólo estaba desconcertado, pero Thomas no podía perder más tiempo ahora.

Por eso le dio un regular empujón al hombre, para apartarle de la portezuela y poder subir al vehículo.

—Lo siento, amigo —le dijo, mientras el bombero trastabillaba.

Pero cuando el teniente ya estaba sentado tras el volante, el hombre se recuperó y se lanzó al interior de la cabina, al tiempo que gritaba:

—¡Alto, espía! Esa alarma es por ti, ¿eh? ¡No te dejaré escapar, bandido!

Thomas tuvo que dejar el cambio de marchas, que le hubiera permitido poner en marcha el vehículo, para defenderse del ataque del hombre.

Detuvo una mano que iba a cerrarse sobre su garganta y empujó al hombre con la otra mano, intentando hacerle bajar de la cabina.

Entonces se dio cuenta de que el aspecto avejentado del bombero era engañoso. La fuerza de sus músculos no tenía nada que envidiar a la de cualquier joven, y su coraje le hacía peligrosamente impetuoso.

«Sería inútil intentar darle explicaciones», pensó Thomas mientras en su difícil posición intentaba detener los golpes que le dirigía el otro, «y me resisto a golpearle con la pistola… Pero ¡debo deshacerme de él, y pronto!…»

Aflojó un poco la resistencia, permitiendo que su atacante le arrastrara fuera de la cabina.

—Conque ya te arugas, ¿eh, bandido? —exclamó el hombre, contento de su fácil victoria—. ¡Quieto ahí! No tardará en llegar la policía y…

Cuando Thomas pudo apoyar bien los pies en el suelo, pasó al ataque.

Sus manos se unieron en postura de rezo y salieron disparadas hacia arriba y hacia fuera, arrancando la presa que el bombero había hecho en la guerrera de Thomas.

Luego, antes de que el sorprendido chófer pudiera ponerse en guardia, le lanzó un derechazo a la barbilla que sonó como un golpe de hacha.

Mientras el hombre caía, completamente aturdido aunque sin

ningún hueso roto, Thomas saltó de nuevo al interior de la cabina y accionó el cambio de marchas.

Se oían sonar silbatos de alarma por algún lugar del recinto, y pudo ver que del retén de policía salían varios soldados de casco blanco, desenfundando sus pistolas.

Perdió dos segundos más, en su nerviosismo, ya que se equivocó al colocar la marcha. Al fin, cuando arrancó, pudo oír los gritos de los bomberos que habían quedado encerrados en el edificio de Experimentaciones Fisicoelectrónicas.

Aceleró en primera y dobló la esquina sobre dos ruedas, al tiempo que oía caer extintores y herramientas por la abierta portezuela posterior. También oyó un estampido que le resultó más desagradable, seguido de un impacto metálico en la carrocería de la furgoneta.

—¡Están disparando! La profesora debe de haberles dicho que maté a su hermana… y quizá no tarden en matarme a mí.

Tenía la esperanza de llegar a la altura del árbol que le había servido de puente antes que los policías militares, que tenían sus coches fuera del recinto.

Al llegar al final del callejón constituido por los dos pabellones volvió a girar el volante con rapidez, dispuesto a acelerar cuando estuviera en la parte posterior de las edificaciones.

Enfiló la recta que quedó frente a él, cambió a directa cuando los neumáticos aún chillaban y pisó a fondo el acelerador.

Entonces sucedió lo imprevisto.

Y aun así el teniente Burke hubiera podido alcanzar su objetivo, de ser un criminal. Pero él sólo era un oficial que intentaba cumplir unas desesperadas órdenes, destinadas a salvar a cuantos ahora le acosaban, y al resto del mundo.

Dos edificios más allá del que acababa de dejar atrás la furgoneta, surgió un policía militar que quizá se hallaba allí cumpliendo algún encargo.

Al ver el anormal aspecto de la furgoneta lanzada con las portezuelas abiertas, y el desastrado uniforme y despeinado cabello de Thomas, consecuencia de la lucha con el bombero, dedujo que era el causante de la alarma. Y se dispuso a detenerlo.

—¡Apártate, loco! —le gritó Thomas al ver que el policía militar, demasiado joven para obrar con sensatez, se plantaba en medio de la calzada, cerrando el paso al veloz vehículo y apuntando con su arma.

El primer disparo, muy precipitado, abrió un surco en la roja pintura de un guardabarro. La segunda bala mejor dirigida, impactó

en el parabrisas, donde dibujó una rara estrella blanca, y se hundió en el respaldo del asiento, a un pie escaso de la cabeza de Thomas.

Éste tuvo la certeza de que el tercer disparo le alcanzaría.

Pero ya la enloquecida furgoneta estaba casi encima del joven policía. No había espacio para esquivarle de lado, ni para frenar.

Thomas Burke sólo tenía que seguir manteniendo firme el volante y agacharse para esquivar el disparo. La velocidad a que estaba lanzado el vehículo se encargaría de eliminar aquel obstáculo como un arbusto arrancado por el huracán. Luego, podría considerarse libre.

—¡No puedo matar a ese insensato! —se dijo Thomas, desesperado, girando los ojos en busca de cualquier solución—. Pero… ¡no hay otra alternativa que estrellarme contra un muro o atropellarle!…

Fue en el último instante que Thomas accionó el volante en un rapidísimo giro y enderezó, justo en el segundo oportuno, cuando estuvo a la altura del callejón anterior a donde se hallaba plantado el policía.

Éste disparó cuando vio desaparecer lateralmente la furgoneta, en aquella maniobra suicida, pero la bala se perdió en el cielo.

Thomas oyó cómo las ruedas parecían chillar de dolor y, aunque había enderezado la dirección tan velozmente como jamás creyó se pudiera hacer, la velocidad del vehículo era excesiva para girar de aquel modo sin perder la estabilidad.

—¡Voy a morir aplastado! —exclamó Thomas, intentando frenar.

Vio cómo se acercaba a su izquierda el muro de la edificación, y al mismo tiempo notó que la furgoneta se inclinaba hacia aquel lado.

A gran velocidad y sobre dos ruedas, toda la parte superior de la carrocería frotó contra el edificio con un ruido escalofriante.

El cristal «securit» de la ventanilla saltó en una nube de fragmentos que hubieran destrozado el rostro de Thomas como la explosión de una granada, si el cristal no hubiese sido inastillable.

El mismo retroceso del impacto volvió a colocar la furgoneta sobre las cuatro ruedas, aunque todo el lado izquierdo había quedado con la plancha arrancada o abollada.

Thomas, sacudido y golpeado por todas partes, tuvo la presencia de ánimo suficiente para aprovechar aquella oportunidad.

—¡He de mantener la dirección recta! —musitó, maniobrando con el volante para compensar las cabriolas que efectuaba el vehículo por efecto del choque.

Se pasó una manga del maltrecho uniforme para secarse el sudor

que cubría su frente y que amenazaba con cegarle. Al mismo tiempo, mientras la furgoneta salía otra vez al espacio central del recinto, se trazó un plan, excesivamente audaz, pero que quizá por eso mismo podía tener éxito:

—¡Hacia la puerta a toda velocidad! Romperé la verja y me dirigiré a donde dejé mi «Mustang». Con él podré alejarme… ¡Ya no tengo otra solución!

Dio un rápido vistazo en torno para hacerse cargo de la situación.

—Los bomberos y unos policías militares están saliendo del laboratorio… Tres M.P. más están corriendo desde la cantina… Los que han salido del retén de guardia se acercan desde el lado opuesto… El que estaba de servicio en la puerta ha cerrado la verja, y se ha metido en la garita… Dios sabe para qué. Mejor: así no correrá peligro de que lo atropelle… ¡Vamos allá!

Al mismo tiempo apretó al fondo el acelerador, y otra vez el motor de la furgoneta aumentó su rugido, ya que por suerte no había sufrido daños en el choque lateral que acababa de sufrir el vehículo.

Thomas se apoyó en el volante con todas sus fuerzas y apuntaló los pies donde pudo; sabía que el golpe que iba a recibir ahora podía ser mortal, si las puertas no cedían.

En unos segundos la entrada fue agrandándose ante él, al aproximarse. Aún pudo distinguir un confuso movimiento en la garita vecina a la puerta, aunque no con detalle.

Pero Thomas Burke estaba contemplando la verja que se acercaba, se acercaba…

¡Ya estaba allí!

El choque fue ensordecedor, feroz. El impacto y el infernal ruido causado por el hierro al destrozarse o el cristal al pulverizarse, inutilizaron los sentidos de Thomas durante un instante que a él le pareció una hora.

Luego miró.

Una maldición se escapó de sus labios:

—¡La verja no se ha abierto!… ¡Y el coche está reventado!

Así parecía; aunque ambas hojas de la puerta de acero habían quedado combadas y desajustadas, aún no habían cedido. En cambio, el capó de la furgoneta estaba abollado y agrietado, y del reventado radiador escapaba a chorros el agua hirviendo y el aceite humeante.

Pero, gracias a que Thomas había desembragado en el último instante, el motor todavía no se había detenido, aunque poca vida

le quedaba.

—Esa puerta no resistiría un segundo golpe… ¡A ver si puedo hacer retroceder la furgoneta para lanzarla de nuevo!

Al colocar la marcha atrás, Thomas notó dos cosas: el fuerte dolor que sentía en el brazo derecho, consecuencia de un golpe, y el amenazador piñoneo que emitió la caja de marchas.

—Está destrozada —se dijo Thomas.

A pesar de todo, la furgoneta retrocedió, renqueando sobre sus neumáticos reventados y regando el suelo con el aceite que perdía a chorros.

La sirena de alarma no había cesado de ulular, y Thomas oía los impactos en la carrocería, causados por los policías militares, que habían reemprendido el fuego contra él.

Entre tanto estruendo también le pareció distinguir una voz femenina que gritaba para que cesaran los disparos, pero apenas si le prestó atención.

Ahora la tenía toda dirigida a la puerta de la garita, en la cual había surgido el guardia armado con un subfusil ametrallador «Thomson MI».

¡El hombre había estado ocupado localizando y cargando el arma, con la que podría eliminar al presunto asesino con una ráfaga de balas, lanzadas a razón de setecientas por minuto!

La dolorida diestra de Thomas culebreó hacia la automática que se había guardado, amartillada, bajo el cinturón. Tan velozmente como hubiera podido hacerlo el más rápido pistolero del viejo Oeste, la mano subió con el arma y se detuvo de golpe al llegar a donde había estado el parabrisas. Al instante estalló el disparo.

La bala blindada dio justo donde Thomas la había dirigido, ya que no deseaba matar ni herir al policía; el cajón de los mecanismos del «Thomson» resultó aplastado bajo el empuje del proyectil, que arrancó el arma de las manos del guarda. Éste se quedó con las manos insensibles, engarfiadas, tambaleándose bajo el efecto de la brutal sacudida.

Thomas no perdió tiempo mirándole; entró como pudo la primera marcha y arrancó a toda la velocidad que pudo arrancarle a la furgoneta.

Esta vez el choque fue mucho menor, según pudo notar el teniente.

Pero el gozne superior del lado derecho cedió, y la verja de ese lado se inclinó mostrándole a Thomas una gran V hacia la libertad.

—¡Por fin! —exclamó el teniente, viendo tan cercana la posibilidad de huida.

Saltó de la furgoneta en el mismo instante en que una gran llamarada surgía del destrozado motor, a consecuencia de haberse roto en el segundo choque el depósito de gasolina. El negro humo empezó a extenderse.

Thomas corrió hacia la brecha de la puerta, y era tal su satisfacción por considerarse casi a salvo, que tuvo el humor de decirse:

«Es el primer coche de servicios contra incendios que veo incendiarse… ¡Que siga ardiendo; así taponará la salida!»

Corrió agachado, zigzagueando para evitar los disparos que le dirigían, e incluso apretó el gatillo un par de veces, apuntando al cielo, para detener a los perseguidores más cercanos.

Luego de un salto, como si se echara al mar, se zambulló a través de la brecha formada por muro y puerta semiarrancada.

Dio varias vueltas sobre sí mismo, y se puso en pie varias yardas más allá de la carretera, ya entre la hierba.

Sin soltar la pistola, echó a correr a toda velocidad, mientras pensaba:

«Me dirigiré a Nueva York… Pocas personas son las que han podido matar a la pobre profesora, si tenemos en cuenta que al mismo tiempo ha de estar enterada del uso de la Máquina… Primero visitaré a…»

Un dolor agudo, insoportable, que en una fracción de segundo se le extendió por todo el cuerpo, le atenazó de súbito.

Pudo notar, en medio de su desconcierto, que le nacía en el lado izquierdo del pecho, casi en el sobaco. No se dio cuenta de que ya no corría, pero sí de que, sin saber cómo, había dado media vuelta sobre sí mismo y estaba de cara a la verja que acababa de saltar.

Allí, junto a la garita interior, pudo ver al guardián a quien arrancara el «Thomson» de un balazo. El hombre se había recuperado muy rápidamente. Tenía un brazo introducido por entre dos barrotes, y su mano apuntaba hacia Thomas con el *Colt* que acababa de disparar.

Luego Thomas Burke notó que los objetos se desplazaban rápidamente hacia abajo, y que estaba mirando el cielo azul, donde brillaba el sol del mediodía.

«He caído de espaldas —comprendió—; el guardián me acertó por la espalda… ¡No debí confiarme! —se lamentó—. He fracasado, porque eso… eso debe de ser la muerte.»

Y ya no pudo pensar nada más porque se sintió caer en la nada.

Capítulo V

Notaba que estaba dando vueltas sobre sí mismo, y el vértigo le acometía mientras seguía cayendo.

Vértigo y náuseas como jamás sintiera, ni cuando hizo las primeras prácticas en la escuela de pilotos.

Luego sintió que la caída iba aminorando y pasaba a flotar sobre la nada. No sabía si tenía los ojos cerrados o abiertos, pues todo permanecía oscuro, negro, tenebroso…

De pronto las negruras fueron rasgadas por rosetones rojos que parecían encenderse lentamente en un extremo de su campo visual y cruzar muy despacio hasta apagarse al finalizar su recorrido.

El color rojo se fue generalizando y aumentó en claridad. Sintió un angustioso calor que lo ahogaba, y trató inútilmente de debatirse, pero no se notaba las extremidades; ni siquiera sentía dónde estaba su cuerpo. Era como si únicamente su pensamiento se hallara flotando en aquel lugar infernal.

Un tentáculo negro, de punta cimbreante, avanzó hacia él desde el llameante fondo rojo.

«¡Son las Tinieblas! —pensó, sintiendo un horror desconocido—. ¡Las Tinieblas, que persiguen a los humanos hasta más allá de la muerte!…»

El extremo del espeluznante tentáculo se le acercó hasta tocarle en el lado izquierdo del pecho, y notó que le causaba una honda quemazón, aunque no podía gritar toda la angustia que sentía.

Luego el sinuoso tentáculo fue enrollándose en torno a su pecho muy lentamente, apretándole cada vez más, ahogándole, impidiéndole respirar.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para arrancárselo, y entonces se notó los brazos, aunque otros negros tentáculos se le enroscaron en seguida a las muñecas y se las aplastaron contra el cuerpo.

Era tanta su desesperación al notarse impotente en poder de las Tinieblas, que un grito de animal herido subió a su garganta y se expandió hasta ensordecer sus propios oídos.

Entonces el teniente Thomas Burke abrió los ojos, y aún pudo escuchar el espantoso gemido que estaba emitiendo.

—Si no se está quieto, tendremos que atarle las muñecas a la cama —oyó que decía una voz ronca—. Si le dejamos, sería capaz de arrancarse el vendaje del pecho.

—Quizás es que lo lleva demasiado apretado, doctor —dijo a continuación una voz femenina—. Sí… Voy a aflojárselo un poco…

Al abrir los ojos, Thomas sólo había visto una blanca superficie: el techo. Ahora bajó la mirada y pudo ver que una bonita enfermera rubia estaba inclinada sobre él, manipulando sobre su pecho. Sin embargo, seguía sujetándole la muñeca derecha con el poco ortodoxo sistema de apoyar sobre ella una de sus agraciadas pero duras rodillas. Al lado izquierdo de la cama había un hombre bastante calvo y obeso que le inmovilizaba la mano izquierda con no menos firmeza.

—Gracias… —murmuró el teniente al notar que se aflojaba la opresión de su pecho, que tan terrible pesadilla le había causado—. Y ya pueden soltarme; he recuperado el conocimiento… creo.

—¡Vaya! —exclamó el doctor—. Me alegro, joven. Parece que el impacto de esas balas del 45 es verdaderamente demoledor, ¿eh?

—¡No lo sabe usted bien, doctor!… ¿Estoy grave?

—Por suerte para usted, no. El proyectil, que probablemente quería ser dirigido a su víscera cardíaca —prosiguió el doctor como si estuviera dando una conferencia—, erró el blanco por unas pulgadas y sólo se llevó una porción de tejido muscular al resbalar por encima de su sexta costilla; lamento comunicarle que le quedará una cicatriz. El golpe de refilón de la bala le dejó *K.O.*

—Ya, ya; hasta en sueños me sentía el pecho dolorido —comentó Thomas, mientras se frotaba las muñecas—. Muy eficaz e ingeniosa su manera de inmovilizarme las muñecas, señorita —añadió, dirigiéndose a la enfermera.

—Lo siento —se disculpó ésta con una leve sonrisa—. A veces, para ser eficaces somos rudos sin querer.

—Eso es cierto —reconoció Thomas, pensando en su propio caso. Y preguntó, dirigiéndose al doctor—: Dígame, por favor; ¿cuál es mi situación ahora? ¿Qué hospital es éste?

—El de la Institución Montgomery. Le han detenido a usted, joven, bajo la acusación de asesinato. Pero algo raro deben de haber visto en su caso pues han tomado medidas anormales; ahí fuera hay un mayor de las Fuerzas Aéreas, un personaje del F.B.I. y dos «peces gordos» más, que no sé de qué discuten mientras aguardan a que usted esté en disposición de hablar. Ahora que ya puede hacerlo,

voy a avisarles.

—Un momento, doctor… Dígame: ¿estoy en situación de levantarme? ¿Podría andar por la calle?

—¡Ja, ja, ja! —el grueso doctor soltó una jovial carcajada—. Ni lo sueñe; se desangraría pues, aunque la herida no es honda, afecta algunas arterias. Tiene usted para, al menos, una quincena de días en la cama. Y me temo que tampoco entonces le dejarán pasear por la calle; no dejan salir a los presos.

Tras su humorístico comentario, que poca gracia le hizo a Thomas, el parlanchín doctor hizo una seña a la rubia enfermera, que había permanecido contemplando al teniente sin despegar los labios, y ambos se dirigieron a la puerta.

Pero no intentaron abrirla; el doctor dio unos golpes en ella, al instante rechinó la cerradura y un policía militar la abrió desde fuera, asegurándose de que no era el prisionero quien pretendía salir.

Cuando doctor y enfermera se hubieron ido, hombres de paisano y un militar hicieron su aparición.

Thomas sólo reconoció a este último; era el mayor Frank Bellamy, ingeniero director del DEEPAC, y superior del teniente Burke.

Ambos hombres se miraron con fijeza, sin decir nadie una palabra, pues tampoco los otros recién llegados saludaron. Sus expresiones eran francamente inamistosas.

«Quizás el mayor Bellamy retenga algo en su mente —pensó Thomas.»

Pero sólo pudo leer extrañeza y reproche en los ojos de su superior.

Fue éste quien al fin tomó la palabra para decir:

—Bien, teniente Burke. No puedo ocultarle que su situación es muy comprometida, como usted ya supondrá. Le acusan del asesinato de la profesora Wonsworth, y también de la desaparición del aparato en que estaba trabajando para la NATO.

—Lo cual es un delito federal, por cuya razón yo me encargo de su caso —dijo uno de los tres desconocidos, corpulento, de aladares blancos y agudo perfil—. Soy el capitán John Richmont, del F.B.I.; y éste es mi ayudante, el agente Patrick Moon. El señor Rober Morgan es comisionado del gobierno.

Thomas miró a los otros dos hombres. El agente Moon era un veterano sabueso, de más edad que Richmont, fuerte y achaparrado. El comisionado Morgan era un hombre alto y delgado, de cabello escaso, que le miraba con dureza a través de unas modernas gafas.

Éste fue quien tomó la palabra, en vista de que Thomas nada decía.

—El suyo es un evidente caso de traición, y no habríamos vacilado en seguir el trámite habitual en un caso así, de no ser por las objeciones que ha puesto el mayor Bellamy.

El nombrado se acercó a un lado de la cama y tomó asiento en la única silla que había en la habitación. Vaciló un poco antes de decir:

—Mire, muchacho. Conozco de memoria su historial, que no puede ser más brillante. Y, además, en el tiempo que lleva trabajando para el DEEPAC he aprendido a conocerle —miró con decisión a Thomas y prosiguió—. Me consta que es usted un buen patriota, un eficiente investigador y un oficial inteligente, audaz y valeroso. Les he hecho ver a estos señores que su proceder como presunto delincuente es absurdo.

—Sí —terció el capitán Richmont, mirándole con sus perspicaces ojos—; he tenido que reconocer que si se apoderó usted del aparato de la profesora en otra ocasión, no tenía por qué haber vuelto sólo para matar a ésta. Porque es evidente que cuando fue descubierto no lo llevaba usted. Además, pudo asesinar a la hermana de la difunta, al ser descubierto, con lo que hubiera podido huir impunemente; y no lo hizo.

—Y usted no llevaba encima, ni se encontró por ninguna parte, el revólver calibre 32 con que mataron a la mujer —añadió el agente Moon.

—Pero todo ello no le descarta como el sospechoso número uno —objetó Morgan, el comisionado del gobierno, cuya voz era acusadoramente aguda—. Sólo usted está envuelto en ese oscuro asunto, y aunque dicen que evitó usted causar víctimas en su huida, ¡lo cierto es que huyó! ¿Por qué? ¿Dónde está el aparato que hoy debía probarse, precisamente bajo la observación de usted, Burke? ¡Hable, maldición!

—Conservemos la calma, Morgan —dijo el capitán Richmont poniendo una mano sobre el hombro del comisionado, que se había ido excitando. Luego se volvió a Thomas para decirle—: La señorita Wonsworth, la hermana de la fallecida, nos ha relatado con todo detalle la conversación que tuvo con usted. Y no sabemos qué pensar.

—Hable, Burke —le animó el mayor Bellamy—. Creo adivinar que estaba usted intentando cumplir una misión… ¿Quién se la ordenó? ¿En qué consistía?… Si le han mandado guardar el secreto, dígame con quién he de ponerme en comunicación para que

responda por usted… ¡Comprenda que si continúa callando será juzgado por asesinato y traición!

—Está bien, mayor; hablaré —dijo Thomas.

—¡Al fin! —exclamó el mayor, excitado. Y se inclinó hacia adelante, reflejando sus ojos vivo interés.

—Supongo que no he estado mucho tiempo sin conocimiento, ¿verdad? —preguntó Thomas—. Mi huida del DEEPAC, ¿ocurrió hoy?

—Sí, sí, este mediodía —le apremió el mayor—. Siga, siga.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde —le contestó Moon, tras consultar su reloj.

Hubo una pausa, mientras Thomas Burke meditaba.

—¿Se sabe a qué hora fue asesinada la profesora? —inquirió.

—Sí, me informaron antes de entrar. Murió poco antes de las once de esta mañana —explicó el capitán Richmont—. ¿Por qué?

Sin contestarle, Thomas se dirigió al mayor Bellamy.

—Mayor, ordene usted que se haga un registro en todos los domicilios del personal directivo de la DEEPAC.

—¿Eeeh? —exclamó el mayor, en el colmo del asombro—. ¿Para qué?

—Estoy seguro de que uno de ellos es el que robó la maldita máquina de la profesora Wonsworth. Quizás aún estemos a tiempo de pillarle con ella en casa, pues el ladrón lógicamente debe de estar confiado, pensando que ustedes no le buscarán por estar convencidos de que ya han detenido al culpable.

—¡Y, en efecto, eso creemos! —saltó de nuevo Morgan.

—¡Ese registro sería absurdo, Burke! —exclamó Bellamy—. ¿Qué motivos podría tener cualquier directivo, incluido yo, para haber cometido tal desatino? ¡Explique sus motivos para tener tal sospecha!

—No puedo, mayor.

—¡Por todos los Santos! ¿Por qué?

—Sencillamente… porque el culpable también podría ser uno de ustedes cuatro.

Aquella afirmación dejó sin habla por un instante a los visitantes. Luego Morgan, rojo de ira, hizo intención de abalanzarse sobre el herido, pero fue detenido por un robusto brazo; el de Moon.

—¡Déjeme que le aplaste la cara a ese calumniador! —rugió debatiéndose—. ¡Su único medio de defenderse es extendiendo la desconfianza entre los hombres honrados!… ¡Asesino!

—¡Cálmese, señor Morgan! —le ordenó el capitán Richmont. Y añadió, dirigiéndose a Thomas—: No trate de hacerse el loco; el doctor Collins nos ha asegurado que no sufre usted ningún transtorno mental. Y no pretenderá que creamos que sospecha de los que investigamos su caso; no solamente no nos conocía usted hasta ahora, sino que ignoraba hasta nuestra existencia porque nada nos relacionaba con el DEEPAC.

—Es cierto, Burke —coincidió Bellamy—. Si no quiere explicar la verdad, al menos no trate de embrollamos.

Thomas Burke oprimió los puños con desesperación. ¿Cómo explicar que hacía muy poco tiempo había estado hablando con aquellos cuatro hombres, en reunión con otras personalidades? No le creerían porque ellos no habían vivido aquel momento. Sin embargo, debía tratar de cumplir su misión, si no podía hacerlo en persona, por medio de otros. Debía convencerles para que actuaran.

Se volvió hacia el mayor Bellamy, que le inspiraba más confianza.

—Escúcheme bien, mayor —le dijo, ansiosamente—. Le juro que nada me importa lo que a mí pueda ocurrirme, pero es importante, es primordial para la humanidad entera que ese aparato, ese simple generador de energía que inventó la desdichada profesora Wonsworth, sea localizado y destruido sin experimentar en absoluto con él. No puedo explicarles por qué, les suplico que hagan eso ya que jamás creerían la verdad; es tan horrible que la considerarían imposible. Pero ¡hagan lo que les digo, por el Cielo, háganlo!

El teniente, agotado, se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Los cuatro hombres se miraron entre sí, y Thomas pudo leer claramente el escepticismo en todos los rostros. Quizá sólo Bellamy parecía algo dubitativo. Fue éste quien dijo, levantándose:

—Lo siento, Burke, pero no podemos molestar a tantas personas sólo por su inconcreta acusación. Si no puede darnos otras explicaciones y pruebas, será usted enjuiciado; lo siento. Vámonos, señores…

En aquel momento, la puerta, que había continuado entornada y que al parecer daba a una pequeña antecámara o recibidor, se abrió de golpe y, ante el asombro de Thomas Burke, en la habitación entró la hermana de la fallecida profesora Wonsworth, seguida del teniente Jim Olsen, el perito electrónico amigo de Thomas.

En el rostro de éste se reflejaba la preocupación que sentía, pero las hermosas facciones de la profesora denotaban decisión y cierto enfado. Sus ojos aún estaban llorosos y vestía de luto, aunque el ajustado traje sastre la favorecía. Al verles, el capitán Richmont les

increpó:

—¿Por qué han entrado ustedes? ¿No les dije que aguardaran escuchando y que luego me dijeran las anomalías que observaran en las declaraciones del detenido?

—Sí, señor —contestó rápida la muchacha—, pero nada anormal ha dicho, y hemos decidido entrar al ver que el interrogatorio ha llegado a un punto muerto.

—¿Se le ocurre a usted alguna pregunta que nosotros hayamos olvidado, señorita? —la interrogó Bellamy un poco mosqueado.

—Muchas, mayor, pero no ha sido el deseo de inmiscuirme en su trabajo lo que me ha impulsado a entrar, sino otro motivo.

—Bien; dígalo pues —exigió Morris.

—Me ha irritado oír la indiferencia con que han dado ustedes de banda la posibilidad de que, en efecto, pudiera existir un peligro latente en el invento de mi pobre hermana.

—Y ¿usted precisamente, la principal perjudicada en este triste asunto, va a creerse el cuento que nos ha soltado este traidor?

Thomas, que seguía con ansiedad el nuevo curso que tomaba la conversación, observó cómo la profesora dirigía una dura mirada a Morris, que acababa de soltar aquel exabrupto, y le decía:

—Señor, mi pena no nubla mi entendimiento. Conozco bastante al teniente Burke y, si bien esta mañana le acusé, llevada de mi desesperación, ahora pienso que sólo muy poderosas razones han podido impulsarle a actuar de la extraña manera como lo ha hecho.

—En eso estoy de acuerdo con la señorita Wonsworth —convino Bellamy, pensativo, mirando al silencioso Thomas.

—Él tiene una historia que no se atreve a contarles, temiendo su incredulidad —prosiguió diciendo con calor la muchacha—. Pero les avisa sobre un peligro que dice amenaza a todo el mundo. Pues, señores, lo menos que pueden hacer ustedes es estudiar la posibilidad de que *existiera* tal peligro, escuchando lo que el teniente tenga que contarles. Si entonces consideran falsas sus explicaciones, siempre están a tiempo de juzgarle como un… lo que sea. Pero, ¿qué responsabilidades caerían sobre ustedes si resultara ser cierto su aviso, y lo hubieran desoído?

La muchacha miró retadora a los cuatro hombres, mientras su seno subía y bajaba a efecto de la agitada respiración.

Bellamy se frotaba la barbilla. Richmont permanecía inexpresivo, pero el agente Moon asentía levemente con la cabeza. El comisionado Morgan interpuso:

—De todas formas, él no quiere hablar…

Impulsivamente, Jim Olsen se adelantó del segundo término

donde había permanecido mientras hablaba la profesora, se acercó a la cama y puso una mano sobre el hombro de su amigo, al tiempo que le decía, sonriendo:

—Vamos, Tom, cuéntales lo que ocurre; tanto si te creen como si no, deben enterarse de ese peligro que tú dices. Y desde ahora ten por seguro que por lo menos uno de tus oyentes no durará ni de una sola de tus palabras: éste.

Y se golpeó el pecho con el pulgar, jovialmente.

Thomas tuvo una leve sonrisa para su amigo, y después dirigió una intensa mirada a la joven profesora, que le observaba sin animosidad, pero también sin simpatía.

—Gracias por tu confianza, amigo —dijo Tom—, y también por su lucidez, señorita Wonsworth…

Ésta hizo un breve movimiento con la cabeza, pero nada dijo.

Morgan le apremió:

—Bueno, hable de una vez; estamos dispuestos a escuchar lo que sea.

—Y trataremos de comprenderle con buena voluntad, muchacho —añadió Bellamy para paliar el antagonismo que respiraban las palabras de Morgan—. Adelante.

Thomas observó cómo Jim traía una silla del recibidor para la profesora, y cómo el agente Moon ponía en marcha un pequeño magnetófono cuyo micrófono estaba adosado a su reloj de pulsera.

Por un momento pensó que si alguno de los presentes era el asesino, la historia que iba a contar, si era creída, no haría más que ponerle en guardia, permitiéndole hacer desaparecer la Máquina. Pero luego pensó que no tenía otra opción: o lograba convencer a sus oyentes para que éstos actuaran como él les indicaría, o cualquier mano inexperta que por ambición manejara la Máquina podría acabar con el Mundo.

—Señores —se decidió—, lo que voy a contarles estaba destinado a bajar conmigo a la tumba, y sé que cuando haya acabado de hablar, si me han creído, ustedes también opinarán como yo que es mejor dejar que los humanos sigan ignorando tales horrores… si podemos atajarlos.

Miró a los enrojecidos ojos de la joven profesora, y le dijo:

—He de decir sólo la verdad, y por eso siento tener que confesar que… en efecto… fui al pabellón de ustedes con la intención de… matar a su hermana.

La muchacha le miró con el asombro y el dolor expresado en su cara. Pero sólo susurró un apagado «¡Dios mío!»

—Debe saber —prosiguió Thomas, abatido— que mis superiores

me habían ordenado hacerlo, aunque ello iba en contra de mi voluntad, pues yo apreciaba de verdad a su hermana. Pero no había otra solución, y ella también lo sabía.

—¿Cómo? —exclamó el capitán Richmont—. No entiendo…

—A su tiempo lo comprenderá, capitán —le contestó Thomas. Y prosiguió hablando con decisión—. Lo cierto es que cuando penetré subrepticiamente esta mañana en el laboratorio de las profesoras, ella ya estaba muerta. Y la Máquina, el aparato con el cual experimentaba, y que yo, cumpliendo la segunda parte de mis órdenes, debía destruir, había desaparecido. Y ahora les relataré lo que falta de la historia… El día veinte de Mayo de 1976…

—Oiga —le interrumpió Morgan—; esa fecha es hoy.

—Sí —convino Thomas—; pero para mí ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Y dejando de lado al boquiabierto comisionado, prosiguió:

—Como decía, el día veinte de mayo de 1976 me desperté tranquilamente antes de que tocara el despertador, en el apartamiento que compartimos Jim y yo…

CAPÍTULO VI

Thomas Burke se incorporó lentamente hasta quedar sentado sobre una blanda superficie; su cama. Giró los ojos en torno pero nada pudo ver; todo eran espesas tinieblas.

«Ah, sí —recordó el joven—. Yo mismo ajusté al máximo las persianas para que la luz no nos despertara. Pero el despertador no ha sonado, y tengo la impresión de que ya deben de ser las nueve…»

A tientas buscó con los pies sus zapatillas, refunfuñando para sí contra la incompleta instalación eléctrica de la pieza, que no permitía encender la luz desde la casa.

«Hoy mismo encargaré a un electricista que lo arregle —se dijo.»

Accionó el mecanismo de la persiana metálica, y el raudal de luz solar que penetró en la estancia hizo refunfuñar al teniente Jim Olsen, que dormía en la cama más próxima a la ventana.

—¡Rayos!… ¡Qué manera más brutal tienes de despertar a la gente!… *¡Aaah!* —bostezó Jim—. ¿Ya son las nueve?

—Y cinco —contestó Thomas examinando el despertador—. No ha sonado porque ayer, al darle cuerda, olvidaste quitarle el seguro, cabezota.

—No es raro —respondió su amigo frotándose las sienes—. anoche, en el *Club Clipper's* me «aticé» demasiados *whiskies*… ¿No tienes resaca tú?

—Un poco, pero voy a quitármela con una buena ducha. Hoy he de estar bien despejado; voy a presenciar una prueba del Proyecto Wonsworth sobre aprovechamiento de la energía ambiente. Y, ¿Sabes lo que eso significa?

Jim rió mientras encendía el primer cigarrillo del día, al tiempo que su amigo se dirigía a la ducha.

—Eso significa que hoy verás a tu encantadora y rubia profesora en física electrónica, la bella Jane Wonsworth, que te tiene ya en el bote.

—No te creas que me disgustaría pasarme el resto de mi vida

encerrado en ese dulce «bote». Es una muchacha inteligente y culta, sí; pero también es muy humana, y agradable, y diligente, y simpática…

—¡Bueno, bueno! —Jim sonrió al detener la riada de elogios que venían de la ducha—. No hay duda de que ya estás en el bote. Y ella, ¿qué dice?, ¿Le has hablado en serio ya?

—Aun no —contestó Thomas, secándose—. Antes quiero que esté resuelto el Proyecto Wonsworth. Luego la llevaré a algún lugar bonito y le preguntaré si quiere cambiar su nombre por el mío. ¡Entonces te dejaré este cuchitril para ti solo, y ella y yo nos buscaremos una casita en las afueras!

—Que sea pronto pues —deseó su amigo, ocupando la ducha—. Ahora he de darme prisa pues el doctor MacIving gruñe cuando llego tarde.

—¿En qué le estás ayudando? —preguntó Tom mientras se afeitaba.

—En experimentar su *Traslator*; un cacharro que, de funcionar bien algún día, debería trasladar materia proyectándola en átomos que luego se reagruparían en un lugar y fecha prefijados.

—¡Hombre! Y ¿da resultado práctico?

—¡Qué va! Hasta ahora, todos los objetos que MacIving desatomiza se dispersan al proyectarlos. Soy su ayudante, como perito electrónico militar, y debería tener más fe en su teoría, pero…

Y movió la cabeza con pesimismo, expresando su duda.

Thomas había acabado de afeitarse y estaba intentando desenchufar la clavija de su Sumbeam. Hizo fuerza para extraer la clavija atascada y, al desenchufarla, la inercia del impulso despidió la Sumbeam de la mano de Tom, lanzando la maquinilla contra el espejo, que saltó en varios trozos. Sólo quedó un triángulo de cristal azogado sujeto en el ángulo superior izquierdo del marco.

—¡Anda, buena la has hecho! —bufó Jim—. ¡El espejo hecho polvo!

—No te apures, hombre; ya compraremos otro… —rió a medias Tom.

Después de arrinconar los cristales rotos y de dejar una nota para la mujer de la limpieza, ambos hombres acabaron de arreglarse y salieron al rellano de la escalera, donde Jim pulsó el botón de llamada del ascensor, mientras Thomas cerraba la puerta del apartamiento.

—¡Qué tarde es! —comentó Jim al entrar en el ascensor—. ¡Casi las diez!

Jim pulsó el botón de bajada y el artefacto comenzó el descenso. Desde luego, hoy tendré que aguantar bastantes gruñidos de MacIving —se lamentó Olsen.

La cabina del ascensor había recorrido la mitad de la distancia hacia la planta cuando, de repente, se detuvo. El ascensor había quedado entre dos pisos.

—¡Eh! ¿Qué diablos sucede aquí? —se alarmó Jim. Fue hasta las puertas y las abrió—. ¡Diantre! No vamos a poder salir.

Thomas Burke miró a su amigo.

—No te apures, Jim. Debe de tratarse de una avería en el suministro eléctrico.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo lo supongo, ya que también se apagó la luz de la escalera.

Jim consultó su reloj de pulsera y con gesto trágico dijo:

—¡Son las diez! ¡A buenas horas llegaré al laboratorio de MacIving!

—No tienes más remedio que conformarte, a menos que te nazcan alas y salgas volando.

—¡Diablos! No te rías encima, Tom.

El ascensor seguía inmóvil. Y los dos muchachos comenzaron a ponerse nerviosos.

—¿Y el conserje? —preguntó Jim—. ¿Es que no va a intentar sacarnos de aquí?

—Lo más probable es que esté tomando su desayuno y ni siquiera se haya enterado.

—¡Pues me parece que oirá mis gritos! —estalló Olsen—. Voy a hacerlo tan fuerte que me oirá hasta el conserje de la casa vecina.

—No te molestes, Jim —le aconsejó Thomas—. Vas a llegar tarde de todas formas.

Jim se echó la gorra hacia atrás y con gesto resignado respondió:

—De acuerdo. Esperaremos a que nos saquen de aquí.

Thomas consultaba entonces su reloj.

—Son las diez y nueve minutos —comentó—. Hace exactamente nueve minutos que estamos detenidos aquí.

Olsen no se dignó responder. Había decidido aceptarlo todo con resignación.

Un minuto después la luz volvía y el ascensor se puso en movimiento, continuando su descenso.

—¡Menos mal! —exclamó Jim cuando el ascensor tocó el suelo —. Me voy como una centella.

Abrió las puertas con toda la rapidez de que fue capaz y salió

disparado.

Aún se volvió ligeramente para decirle a su amigo.

—¡Ah, Tom! Que vaya bien tu cita —luego, soltando una risa solapada, volvió a exclamar—: ¡Tengo que asistir a una boda en calidad de padrino!

No le dio tiempo a que Thomas respondiera. Cuando éste quiso darse cuenta, su amigo había salido ya a la calle.

Thomas cruzó la puerta y se mezcló entre la gente que caminaba hacia sus trabajos. Aceleró ligeramente el paso, mientras se dirigía hacia el garaje público donde guardaba su vehículo.

Más de una vez tropezó con los viandantes, disculpándose cortésmente, pero sin que por ello hiciese su paso más lento.

Sacó su paquete de cigarrillos y se metió uno entre los labios. En la esquina de enfrente apareció un muchacho, con uniforme de «botones», y que llevaba bajo el brazo una caja de las usadas en las floristerías. Caminaba por la acera sin mirar a su alrededor, con la atención concentrada en un «comics» que leía con gran atención.

Thomas se detuvo unos segundos mientras prendía lumbre a su cigarrillo.

En el interior del garaje un «Buick Roadmaster» estaba maniobrando torpemente para salir al exterior. Tras él un «Mercury Sport» acaba de repostar y, con un rugido de potencia, arrancó también hacia la salida.

El «botones» había llegado al borde de la línea roja que señalaba la salida de coches.

El coche deportivo ascendió por la rampa a toda velocidad y se precipitó hacia fuera, después de haber pasado a dos dedos escasos del «Buick».

Raudo como una centella, el coche se abalanzó sobre el muchacho, sin que el conductor, que había intentado pisar el freno, pudiese evitar el atropello.

—¡Cuidado! —rugió Thomas, corriendo hacia el muchachito del «comics».

Ya era tarde para evitarlo. Las ruedas del vehículo pasaron sobre el cuerpo del muchacho, que quedó en tierra inmóvil, como un muñeco desarticulado.

El conductor del vehículo no sabía qué hacer. Su rostro aparecía desencajado, incrédulo.

—Yo no podía… —comenzó a decir.

Thomas Burke se inclinó sobre la figura del muchachito.

—Usted es un estúpido —dijo con la ira reflejada en la voz. Y se volvió hacia la gente que se había aglomerado a su alrededor, y dijo

—: Alguno de ustedes que llame a la policía.

Consultó su reloj una vez más. Las agujas señalaban las diez horas y veinte minutos. Decididamente, aquel día nada le salía bien. Pensó que más le habría valido quedarse en la cama.

«Jim ya habrá llegado al laboratorio de MacIving», se dijo.

Olsen había tenido suerte al ser delegado para ayudar al profesor en su casa. Así se evitaba los viajes basta la base, además de todas las formalidades que en ella debían llevarse a cabo.

A lo lejos, en la parte alta de la avenida, se oía el aullar de una sirena.

El joven conductor estaba en un estado casi histérico; toda la aparente gallardía que había adoptado al salir antes que el «Buick» se había desmoronado ahora, mostrando a un niño incapaz de reaccionar.

Entre un ruido de frenos y explosiones de motores, se detuvo una ambulancia, acompañada de un par de agentes de tráfico que cabalgaban sobre potentes motocicletas.

Se abrió un boquete entre el círculo de gente y los recién llegados alcanzaron el lugar donde yacía el «botones», ahora cubierto con una gabardina que alguien había tirado sobre el cadáver.

—¿Quién ha sido el culpable? —preguntó uno de los agentes.

El conductor se empequeñeció en el asiento de su coche deportivo.

—Él —señaló Thomas.

—Bien, teniente. Nos acompañará hasta la comisaría para declarar.

—Lo lamento, pero ahora me es imposible. No obstante, tome nota de mis datos y esta tarde pasaré.

—De acuerdo.

Cuando por fin se alejó de allí, metiéndose en el interior del garaje, los relojes señalaban las diez y treinta.

Mientras subía a bordo de su Ford «Mustang», Tom se dijo que aquella mañana había empezado de una forma desastrosa. Cuando llegase a la base, sería cerca de mediodía.

Cruzó las calles y tomó la carretera. Allí pudo darle mayor gusto al acelerador, y los kilómetros se fueron quedando atrás.

—Por fin en camino —se dijo—. Esperemos que todo haya acabado y el resto del día transcurra sin incidentes.

Pero sus deseos estaban muy lejos de cumplirse.

El coche empezó a toser de una forma desagradable y momentos después se detenía por completo.

—¡Diantre! Y ahora ¿qué sucede? —exclamó Tom con el gesto torcido.

Abrió la portezuela y se puso en pie sobre el asfalto. Se colocó con los brazos en jarras y estuvo a punto de lanzar una patada contra el vehículo.

—Tranquilo, Tom —se recomendó—. No te pongas nervioso o será peor.

Con un esfuerzo evidente controló sus nervios.

—Procedamos con calma. ¿Qué puede ser? ¿Tengo gasolina?

Levantó el capó del coche, miró los indicadores y con una mueca de disgusto descubrió que el vehículo no tenía pana alguna; sencillamente, se había quedado sin combustible.

Siempre se cuidaban en el garaje de que el tanque estuviese lleno, pero algo había fallado y ahora se encontraba detenido en plena carretera, lejos de toda gasolinera.

Consultó su reloj. Las agujas marcaban las diez horas y cuarenta y cinco minutos.

Resignándose, echó a andar carretera adelante.

***

Mildred Wonsworth, en su laboratorio subterráneo del DEPAAC, se sentaba a aquella misma hora ante el osciloscopio. A su lado, Jane seguía los movimientos de su hermana.

—Creo que, en efecto, es una buena idea la que has tenido esta noche —apuntó.

—En efecto. Imagina la energía inagotable que alberga el sol. A su lado, la de nuestro planeta es insignificante. Una pulga al lado de un elefante.

La otra cabeceó en sentido afirmativo.

—Y aún eso no es nada. Nosotros no usaremos esa energía irradiada por el sol —el rostro se le había encendido a medida que hablaba y sus ojos tenían un brillo más acentuado que de costumbre. Aquel proyecto había despertado todo su entusiasmo—. Nuestra fuente inagotable de energía será la negrura del espacio exterior. ¿Imaginas lo que es eso?

—Confieso que jamás se me habría ocurrido una idea como ésa. Debo reconocer sin embargo que, como fuente de energía, es algo fabuloso e inagotable.

Su interlocutora sonrió con cierta complacencia. El asombro de su hermana le resultaba grato. Y, haciéndole un gesto de que se acercara, se inclinó nuevamente ante el osciloscopio.

—En cuanto finalice de comprobar esos datos, sacaremos la

máquina y haremos la prueba.

***

Thomas Burke, después de una infructuosa caminata, consiguió al fin dar con una cabina telefónica. Marcó el número de la base.

—Oiga…

—Aquí, Depósitos de combustible de DEPAAC.

—Soy el teniente Burke. Me he quedado sin esencia en la carretera; ¿no podrían acercarse con algunas latas?

Hubo un murmullo al otro lado de la línea. Sin duda, el que había descolgado estaba consultando con alguno de sus superiores. Por fin, la misma voz respondió:

—De acuerdo, teniente. Ahora saldrá un vehículo hacia ahí.

—Muchas gracias.

Tom se sintió tranquilizado. Después de todo, sólo le quedaba esperar ahora. Reanudó el camino, volviendo hacia su coche.

Se sentó con tranquilidad y encendió un cigarrillo, mientras conectaba la radio y sintonizaba un programa de música ligera.

Ahora a esperar.

***

A los ojos de Thomas, que miraba hacia el frente siguiendo la línea del asfalto, apareció la silueta de un «Dodge» pequeño, una de esas camionetas que emplea el ejército.

Lanzó un suspiro de alivio. Por fin llegaba la gasolina. Consultó su reloj y comprobó con sobresalto que eran las once.

—¡Vaya mañana! —exclamó con furia, mientras aplastaba el resto de un cigarrillo.

En contados momentos, sendas latas de gasolina pasaron su contenido al depósito del «Ford», y acto seguido los dos vehículos tomaron el camino de la base.

—Sin duda, Jane y Mildred me estarán esperando para realizar los experimentos —se dijo el muchacho con evidente malestar—. Y hoy precisamente me ocurren todas estas cosas…

Pisó el acelerador a fondo y el deportivo pareció cobrar alas. Eran las once y veinticinco cuando el teniente Burke descendía por la escalera que conducían al departamento donde se realizaban las pruebas el proyecto de la doctora Wonsworth sobre la máquina de energía.

Mientras bajaba, el joven iba pensando en la bonita. Jane. Aquella muchacha había conseguido hacerle pensar, seriamente, en

la posibilidad de crear una familia.

El día menos pensado se atrevería a pedirle que fuese a cenar con él, y estaba seguro de que la joven aceptaría. O tal vez se equivocaba, pero la muchacha había dado más de una muestra de que el apuesto joven no le era indiferente del todo. Aquello alentaba las esperanzas del joven.

Las dos mujeres estaban en el laboratorio y hablaban calurosamente cuando Thomas apareció en la puerta. Interrumpieron su charla para volverse hacia el joven.

—¡Vaya, teniente; pensé que no llegaría nunca! —exclamó con voz socarrona la doctora Mildred—. ¡Las once y media! Ya creíamos que el experimento no se realizaría hoy por faltar usted.

Burke puso gesto compungido al responder:

—Lo lamento de veras, doctora. Pero quiero alegar en mi defensa que sucesos imprevistos han retrasado mi llegada.

Todos rieron a gusto ante la escena.

—Y ahora, si no tienen inconveniente —dijo el joven ya serio—, procedamos al ensayo.

Mildred extrajo una llave de su bolsillo y se encaminó hacia la hilera de armarios.

—Debo comunicarle, teniente, que hemos introducido unos pequeños cambios en el proyecto —abría ya la puerta.

—¿En qué consisten? —el joven encendía un cigarrillo.

—Será un cambio en la fuente de energía. La recogeremos del espacio.

Thomas hizo un gesto de asentimiento. ¿No sería demasiado arriesgado aquello? Se iba a buscar una fuente de energía de un lugar completamente ignoto, inexplorado y del que, en realidad, no se sabía nada.

«De todas formas, es tan sólo una prueba», se dijo.

Mildred extrajo la máquina. Era un artefacto de dimensiones no demasiado grandes, pero lo que más resaltaba de su estructura era una antena en tridente que sobresalía notablemente del conjunto.

—¿Tiene usted idea de qué puede ocurrir con esa toma de energía? —preguntó Thomas, no demasiado tranquilo con lo que iban a realizar.

—En nuestros experimentos anteriores con toma de energía terrestre no ha sucedido nada en absoluto —adujo la profesora—. Quiero decir que esa toma energética no ha producido ningún tipo de consecuencias. Pero ¿por qué esas preguntas?

Thomas Burke vaciló un momento.

—No me haga demasiado caso, doctora —respondió por fin—.

Pero, a mi pesar, siento una rara inquietud.

Jane le miró profundamente.

—Temes que este cambio sea desastroso.

—No puedo definirlo claramente. Hay algo que crea en mi interior una premonición contra ello.

Mildred acababa de colocar la máquina sobre una mesa, se volvió y contempló fijamente al teniente.

—Creí que éramos las mujeres quienes teníamos más de manifiesto ese temor por lo desconocido, pero ahora empiezo a dudarlo.

—No es eso, doctora —se defendió el joven—. Es como si supiese que va a ocurrir algo malo. Tal vez sea porque hoy no me suceden más que desgracias.

Su mano describió un giro como apartando algo de sí.

—De todas formas, proceda al ensayo.

En aquel momento entró en la estancia Carpenter, el ayudante de laboratorio.

Con movimientos rápidos, Mildred extendió la antena, luego accionó los mandos de puesta en marcha y la antena vibró en el aire.

Cuatro pares de ojos estaban pendientes de la máquina. En sus engranajes sonaba un ruido metálico, distintas luces parpadeaban en una sinfonía de colores.

Los minutos transcurrieron lentamente sin que ocurriese nada.

—¿Cómo es que no empieza a recoger energía? —preguntó Carpenter intrigado.

La doctora Wonsworth hizo un gesto de negación.

—No me lo explico. Aunque quizá la única razón sea la de la distancia.

—¡Un momento! ¡Algo sale de la máquina! —exclamó Jane Wonsworth con evidente sobresalto.

En efecto. De uno de los costados del artefacto surgía una masa negra, extraña.

Mildred Wonsworth anunció con alarma:

—¿Qué es eso? Tiene un aspecto de líquido, pero sin embargo es gaseoso.

Se acercó a la cosa negra que se iba extendiendo lentamente por la mesa y comenzaba a caer por el suelo, mientras que de la máquina saltaban chispazos.

Lanzándose de un salto hacia adelante, Thomas retuvo a la mujer.

—¡No se acerque! —sus ojos se desorbitaron. Lo negro estaba

haciendo desaparecer cuanto tocaba. De la mesa sólo quedaba una pata y el cemento del suelo humeaba y se agrietaba—. ¡Es peligroso!

Los cuatro retrocedieron hacia una de las esquinas. Aquello era horroroso. Habían rescatado del espacio una forma de energía negativa, una energía de destrucción, de aniquilación total. Cuanto entraba en contacto con ella desaparecía.

Sus cuerpos tropezaron contra la mesa de trabajo de Mildred.

—¡Hay que parar esa máquina! —chilló Thomas, dando un paso hacia adelante.

La mesa negra lanzó una de sus partes, convertida en tentáculo, sobre el joven. Éste la esquivó de un salto, pero se vio obligado a retroceder de nuevo junto a la mesa.

Jane dio muestras de una gran entereza cuando, mirando al joven, dijo:

—Si procura atraer su atención, yo trataré de parar la máquina.

—De acuerdo.

Mildred, mientras tanto, había sacado un revólver de uno de los cajones de su mesa y se lo tendió a Thomas.

—Dispare, tal vez logremos algo —el joven recogió el arma—. Y, si no es así, dispare sobre la máquina, ¡destrúyala!

El teniente Burke apretó el gatillo tres veces, pero las balas no parecieron afectar en nada a la masa.

Jane corrió hacia el mecánico, creyendo que *aquello* estaría concentrado en el ataque de Burke, pero un hilillo de aquel líquido-gas partió hacia ella, rozó una parte de su bata y el trozo desapareció. El tentáculo describió un giro y fue a parar sobre la máquina.

Cuando la masa se retiró, no quedaba el menor rastro del mecanismo, pero gran parte del laboratorio estaba inundado por el negro elemento, y aún iba extendiéndose, agrandándose, surgiendo de la nada.

Carpenter, enloquecido, agarró una silla y se lanzó hacia adelante.

La silla desapareció a medida que se hundía en la masa negra. Luego los pies del ayudante se desvanecieron, mientras éste caía al suelo presa del pánico.

—¡Socorro!! —sus aullidos eran estremecedores y lo que quedaba de su cuerpo se debatía en convulsiones—. ¡Sálvenme! ¡No quiero morir!

La masa se fue extendiendo sobre él, lentamente, hasta que por fin no quedó nada del ayudante Carpenter.

Jane y Mildred, estremecidas y con el horror metido hasta lo más hondo de sus células, lloraban al borde de una crisis nerviosa.

Thomas Burke, con el revólver en la mano y los ojos fijos en la marcha de aquel horror, se sentía lleno de impotencia, incapaz de hacer nada. En su cerebro todo iba a la mayor rapidez, las ideas giraban vertiginosamente, pero nada servía. No encontraba nada que pudiese resolver aquella situación. Su mentalidad normal no estaba preparada para aquello, estaba fuera de su entendimiento el resolver la situación. Tan sólo podía rezar, rezar porque la muerte no fuese demasiado dolorosa.

CAPÍTULO VII

Saliendo como de un hechizo, Thomas reaccionó de repente.

En su mente se desplazaron las mil ideas contradictorias y, potente como una luz cegadora, surgió la perentoria necesidad de escapar.

Miró en torno suyo. Debían salir al exterior, salir de aquella ratonera antes de que se convirtiera en una trampa mortal para los tres.

—¡Hay que huir de aquí!

Las dos muchachas le miraron como si no comprendieran.

¿Huir de allí? ¿Cómo?

—Volcaremos la mesa y saldremos corriendo hacia la escalera.

Se acercaron a él.

—No podremos salir —afirmó Jane presa del fatalismo.

—Por lo menos, lo habremos intentado —en el rostro del hombre se veía la determinación—. Os habéis dado cuenta de que cada vez se extiende más y con mayor rapidez.

—Es cierto —dijo Mildred Wonsworth—. Las Tinieblas no parecen tener fin.

—Ése es el nombre justo —asintió Thomas—. Ahora intentemos la huida.

Obligó a las dos mujeres a que pasasen por detrás de él, y luego, una vez todos tras la mesa, la empujó contra las Tinieblas.

La masa ocupaba una gran parte del laboratorio, y a medida que iba haciendo desaparecer en su interior los objetos próximos, su potencia de expansión aumentaba de modo ostensible.

Apenas la mesa hubo tocado el suelo, los tres salieron corriendo escalera arriba. Tinieblas absorbió la mesa y se estiró hacia adelante.

Cuando llegaron al exterior, el teniente cerró la puerta con llave.

—¿Cree que con eso lo detendrá? —preguntó Mildred con voz sarcástica.

Thomas sonrió tristemente.

—Ha sido una reacción pueril, no se crea que eso soluciona nada.

—Ojalá eso lo solucionase todo, pero por desgracia es demasiado horrible.

Thomas tomó la mano de Jane.

—Corramos hasta el teléfono más próximo. Debemos avisar al mayor Bellamy e intentar hallar alguna solución.

Corrieron para alejarse del edificio.

Mildred volvió la cabeza y exclamó con voz presa del terror:

—¡Tinieblas está destruyendo todo el laboratorio!

En efecto, gran parte de la estructura había desaparecido, mientras que la masa se extendía alcanzando proporciones gigantescas.

Llegaron ante una cabina de teléfonos y Thomas marcó el número del núcleo director del DEPAAC. Al otro lado del hilo se oyó la señal de llamada. Alguien descolgó y al mismo tiempo se dejó de oír cualquier sonido.

—¡Oiga…, oiga…! —Thomas golpeaba el teléfono con frenesí—. ¡Rayos, este trasto se estropea ahora…!

—No es el aparato, Tom —le anunció Jane—. Tinieblas acaba de hacer desaparecer los postes…

Con gesto fatalista, el joven dejó caer el auricular. ¿Era aquello el fin?

—Intentaremos llegar con algún vehículo.

Volvieron a correr, jadeantes, alterados. Tinieblas seguía avanzando inexorablemente, creciendo constantemente, arrasando cuanto encontraba a su paso y creciendo constante, aterradoramente.

En la base del DEPAAC empezaba a cundir el desconcierto. Muchos eran los que se habían dado cuenta de que algo sucedía en uno de los laboratorios. Nadie sabía a ciencia cierta lo que era, pero se intuía que un peligro inminente les acechaba.

Por ello cuando vieron a tres personas correr como locas, y desaparecer el edificio entre una nube negruzca, sin esperar explicaciones ni hacerse más preguntas se lanzaron en desbandada hacia sus vehículos y las partes más alejadas de la base.

De pronto, un aullido prolongado se dejó oír en el aire.

Las sirenas de alarma pusieron una nota de locura en el ambiente sobrecargado.

Coches de bomberos y vehículos de la PM se lanzaron desde todos los puntos hacia el sector ocupado por Tinieblas.

Thomas, acompañado por las dos muchachas, hizo un alto para

recuperar el perdido aliento.

—¿Crees que lograrán algo? —preguntó Jane, al ver pasar ante ellos aquel despliegue de fuerzas.

—Ojalá me equivoque —respondió el joven—, pero dudo mucho que consigan nada. Tan sólo encontrarán la muerte.

Mildred se estremeció.

—Debo hacer algo para impedirlo —exclamó—. Ésa es mi obra, mi horrible obra.

De sus ojos surgieron nuevos torrentes de lágrimas, y volviéndose intentó correr hacia el abandonado laboratorio.

Con un salto felino, el teniente la agarró cuando apenas había arrancado en su carrera.

—No sea loca. ¡Debe permanecer aquí!

—¡No! Déjeme, Tom —chilló la doctora—. Debo hacer algo.

—¿Qué hará?

La mujer seguía debatiéndose para zafarse de la presa del teniente.

—Lo ignoro, pero lo intentaré…

—¡No seas loca, Mildred! —le gritó su hermana.

—Lo único que conseguiría es que Tinieblas la matase —le dijo el joven—. Su puesto de lucha no es ése. Es su cerebro el que debe intentar combatir contra esa monstruosidad, y ahora no está en condiciones de hacerlo. Más tarde y en otro lugar presentará su propia batalla, doctora.

No obstante, la doctora Wonsworth era incapaz de razonar, y una vez más intentó zafarse de la presa del hombre y correr hacia el edificio.

Thomas la retuvo, mientras Mildred gritaba y se debatía en medio de un ataque de histeria.

—Lo lamento, pero no voy a tener más remedio que hacer esto…

Con toda rapidez, descargó un moderado puñetazo sobre la barbilla de la mujer, que dio con ésta en tierra. El teniente se agachó para cargársela sobre un hombro, y luego se volvió hacia Jane.

—No pude hacer otra cosa —se disculpó.

—Lo sé, Tom. Yo no te he reprochado nada.

Hubo una pausa en la que ambos intercambiaron una mirada cargada de sentimiento.

—Ahora hay que buscar un medio de comunicarse con el mayor Bellamy.

Una salva de disparos rompió en el aire, tras ella se desencadenó un verdadero infierno de fuego.

—¡Están disparando contra Tinieblas! —exclamó Jane.

Tanto Thomas como ella contemplaron fascinados la escena. Los hombres de la Seguridad de la Base la habían emprendido a tiros contra la masa que seguía avanzando.

El plomo que disparaban las armas se hundía en aquel cuerpo que se extendía, sin causarle el más leve daño. Parecía como si aquellos hombres se hubieran vuelto locos y dispararan contra la niebla.

Varios hombres gritaban órdenes al resto. Corrían de un lado para otro como hormigas desorientadas. Tras ellos, los bomberos comenzaron a rociar la masa con el agua de sus cubas y la espuma contra incendios. Todo inútil. Tinieblas seguía progresando.

De repente, Tinieblas extendió una serie de tentáculos gaseosos.

Jane Wonsworth gritó llena de horror presintiendo lo que iba a suceder a continuación. Se volvió con rapidez y ocultó el rostro en el pecho del hombre, mientras sus uñas se clavaban en los brazos de éste.

—¡Es horrible, Tom! ¡Es monstruoso!

Los ojos incrédulos del hombre vieron desaparecer entre aquellos tentáculos hombres, vehículos, postes y cuanto hallaron a su paso.

—¿Es que no podremos destruirla? —preguntó en voz alta el teniente.

¿Iba a ser impotente la Humanidad frente a aquella amenaza? Una fría furia invadió su ánimo. ¡Algo la destruiría! Pero ¿qué?

De varios puntos se oyeron gritos de terror. Muchas de las personas de la Base habían presenciado el alucinante espectáculo y la desbandada que se produjo a continuación fue todavía más espectacular.

Unos y otros se empujaban, los coches arrancaban sin ningún orden. Fueron varios los choques que se produjeron y más de uno los puñetazos que se intercambiaron. Cada uno miraba por sí mismo, intentando poner tierra de por medio lo más pronto posible.

—Esto es la locura —comentó Thomas—. Vamos a intentar salir de aquí.

Con Mildred sobre un hombro y Jane asida de la mano, Thomas reemprendió la carrera.

Un vehículo era lo que necesitaban. Thomas se decidió por fin a recoger su propio coche y tomó la dirección del aparcamiento donde lo había dejado a su llegada.

—Tenemos que llegar cuanto antes a la ciudad y dar cuenta de todo esto.

—Sí, Tom. ¡Es todo tan irreal, tan alucinante! —la voz de la muchacha parecía como si procediese de otra garganta y de otra mujer. Carecía de toda aquella dulzura que había encantado al joven; ahora era rasposa y ronca como una hoja de lija.

—Tranquilízate, Jane —la alentó comprendiendo su estado—. Ya verás como se arregla todo.

La mano de la joven le retuvo durante un segundo. Sus ojos se clavaron en los del hombre.

—¿Lo crees así? —preguntó.

Thomas procuró que sus propias dudas no se reflejasen al exterior cuando repuso:

—Sí, Jane. Así será.

Siguieron por un callejón. Al fondo se veía el aparcamiento y en él el «Ford» del teniente. Pero ante él, en aquel mismo callejón, había un «jeep» de la Base. Al llegar a la altura del vehículo, Tom se detuvo y miró el *tablier*. Las llaves de contacto estaban en su lugar, prestas para poner el vehículo en marcha, y, con súbita alegría, comprobó que el «jeep» estaba dotado de un radio teléfono.

Tomó una decisión rápida. Aquello era lo que necesitaba.

—Arriba, Jane —él mismo había depositado a Mildred en la parte trasera y se sentaba en el puesto del conductor—. Desde el camino llamaremos al mayor.

Maniobrando hábilmente, Thomas salió de la base, o mejor de lo poco que quedaba de ella, ya que Tinieblas, en su constante aumento, ocupaba más de media base.

Como perseguidos por el mismísimo diablo, los empleados de la Base habían abandonado aquellos terrenos y en sus vehículos se lanzaron por la carretera como si se tratase de una carrera contra reloj.

El «jeep» que conducía Thomas fue devorando el asfalto, rumbo a la ciudad, pero sin lanzarse a una velocidad suicida.

Desde los primeros kilómetros se encontraron con escenas desgarradoras. En una cuneta y otra había vehículos volcados, hombres y mujeres heridos o muertos. Muchos de los coches habían chocado entre sí y más de uno ardía.

—Parece como si se hubiese desencadenado una nueva guerra —comentó Jane.

Thomas dejó que en sus labios apareciese una mueca de tristeza.

—¡Creo que esto es mucho peor que una guerra!

Jane Wonsworth adoptó un aire retraído y concentrado.

En la parte trasera, Mildred comenzó a removerse. Gimió un par de veces y luego, antes de abrir los ojos, se llevó una mano a la

dolorida barbilla, que ahora estaba adornada por un hematoma.

—Jane, descuelga el teléfono y procura localizar al mayor —ordenó Thomas, mientras indicaba el aparato con su índice extendido.

Como un autómata, la muchacha descolgó el auricular y marcó unos números.

Mildred terminó por recobrarse. Permaneció unos segundos quieta por completo, poniendo sus ideas en orden, y después dijo:

—Gracias por el golpe, Tom. En aquellos momentos, era incapaz de controlarme. Cada vez que pienso que… que yo he sido la culpable de todo.

—Olvide eso, Mildred. Nadie podía suponer que ocurriría esto.

La doctora volvió la cabeza hacia atrás.

—¡No, es posible! «Eso» no puede ser Tinieblas.

En sus ojos desorbitados se encendió una luz de terror. No podía creer que fuera cierta aquella montaña neblinosa, aquella masa gigantesca que, a pesar de hallarse a varios kilómetros de allí, se veía perfectamente.

—¡Parece una montaña! —exclamó, sin poder contenerse.

—En efecto, Mildred —respondió el teniente—. ¡Es una montaña! Y crece sin cesar. Cualquier cosa que absorba lo hace crecer, aumentar, agigantarse sin cesar.

—Y ¿eso es lo que he creado?

—Bueno…

Thomas no sabía cómo responder. Efectivamente, aquello era producto de la máquina de la doctora, pero no podían hacerla responsable a ella.

La voz de Jane le salvó de aquella comprometida situación.

—Es el mayor Bellamy —dijo, al tiempo que le tendía el auricular.

Thomas tomó el aparato.

—Habla el teniente Burke…

—¿Qué diablos está ocurriendo en el DEPAAC? —le interrumpió.

—No sé cómo podría…

—No me importa lo que ignore, sino lo que sepa al respecto. Han llegado a la ciudad numerosos empleados de la Base y cuentan unas historias increíbles.

—Créalas.

—¿Cómo dice?

—Que todo lo que cuenten es poco, comparado con la realidad.

—¿Está usted bromeando?

—En absoluto. De todas formas, me acompañan las doctoras Wonsworth, y cuando lleguemos podrán explicarle mucho mejor que yo lo ocurrido. Si desea cerciorarse con mayor rapidez, no tiene más que sobrevolar la Base con un helicóptero; lo que hay allí le hablará todavía más claro.

—¡...!

—No se enfade, mayor. Reúna una comisión y prepárese para estremecerse.

Antes de que el mayor pudiera decir una palabra más, el joven había cortado la comunicación, tras despedirse.

El pie del teniente se fue hundiendo en el acelerador, y el «jeep», con un rugido de potencia, empezó a desarrollar su máxima velocidad.

***

A la entrada de la ciudad, cuatro motoristas esperaban la llegada del «jeep».

Apenas penetraron, le dieron el alto y uno de los policías se acercó.

—¿Es usted el teniente Thomas Burke, del DEPAAC?

—En efecto.

—Tenemos orden de abrirles camino hasta la Sede del Departamento. Les están esperando.

Sin agregar nada más, los motoristas rodearon el vehículo y segundos después, entre aullidos de sirenas, rodaron por las calles de la ciudad.

Se detuvieron ante un edificio desde el que se controlaba y dirigían las actividades del DEPAAC.

El mayor Bellamy, el doctor MacIving, el doctor Cornvall, Robert Morgan, comisionado del Gobierno, y otras personalidades, estaban reunidas en la sala de conferencias. En todos se notaban los efectos del nerviosismo. Sus rostros estaban tirantes, sus ojos danzaban inquietos.

—¡Ya era hora de que llegaran! Bien; pueden empezar a explicarnos todo esto —estalló el mayor Bellamy a las primeras de cambio.

—Le sugiero que mande algún aparato para que sobrevuele la zona en la que se halla Tinieblas. Le podrían acoplar una cámara de televisión y así podrían juzgar desde aquí lo terrible de la situación.

Bellamy se volvió hacia un coronel de aviación.

—¿Es factible, coronel?

—Sí. No tardaríamos mucho en acoplar el dispositivo.

—Ordene que lo hagan.

Segundos después se había mandado hacer lo necesario.

—Ahora, teniente, ¿puede explicarnos qué es «Tinieblas»? —preguntó el mayor.

Thomas reflexionó durante unos segundos.

—No puedo decírselo a ciencia cierta. Lo único que sé es que la máquina de las doctoras Wonsworth se puso en funcionamiento y… de ella salió una masa de apariencia gaseosa que empezó a extenderse y a hacer desaparecer cuanto hallaba a su paso.

—Al comprobar el terrible producto que segregaba la máquina, ¿por qué no pararon su funcionamiento? —preguntó Morgan.

—¿Se hubiese acercado usted? —preguntó a su vez con valentía Mildred Wonsworth.

Morgan enrojeció ligeramente, pero no dio su brazo a torcer.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Tinieblas devoró la máquina. Mejor dicho, la absorbió. Carpenter, el ayudante de la doctora, intentó enfrentarse a Tinieblas, y fue absorbido a su vez… —la voz de Thomas se quebró al añadir—: Además no creo que se hubiese conseguido nada. Toda la masa que existe ahora de Tinieblas no ha salido de la máquina, sino que se ha ido agrandando por sí sola.

En la sala se hizo un corto silencio y luego un murmullo confuso.

—Yo afirmo que no hay nada que resista la potencia de nuestras armas modernas —se alzó la voz de uno de los generales que asistía a la reunión—. Si me dan orden de utilizar mis medios contra esas «Tinieblas», les aseguro que en menos de veinte minutos habrá desaparecido.

Mildred se sintió llena de cólera.

—Lo único que ocurre es que usted no sabe lo que dice. Sus armas serán efectivas contra cualquier tipo de cosa conocida, pero no puede asegurar nada de algo desconocido por completo.

—Señorita, la disculpo, puesto que usted lo ignora todo de las cosas de los hombres —galleó el general.

—Señor general, le recuerdo que soy doctora en física y que por ese motivo conozco cosas de las armas que usted, que tanto cacarea, ignora por completo. Usted será capaz de usarlas con toda eficacia, no lo dudo; pero no sabe un pepino de las leyes por las que funcionan…

—Basta ya —intervino el mayor Bellamy—. No hemos venido a discutir entre nosotros, sino a buscar una solución. Si el general cree que puede oponerse a Tinieblas, su proposición se tomará en

cuenta, y si se obtiene el permiso necesario, pronto podrá poner su estrategia de manifiesto.

»Ahora, doctora, si es usted capaz de explicarnos el motivo por el que crece eso, nos podremos ir haciendo una idea más clara de lo que tendremos que combatir.

Todos los ojos de los presentes se clavaron en Mildred. Ésta meditó unos segundos; luego miró a Jane y a Thomas alternativamente.

—Como la mayor parte de ustedes conocen, mis estudios habían estado dirigidos a conseguir energía, torrentes de energía al más bajo costo. Para ello ideé una máquina que tomaba la energía de nuestro propio suelo, que podía tomarla del Sol…

—¿Cuáles fueron los resultados? —preguntó Morgan.

—Superaron las esperanzas que se tenían. Esta mañana decidimos poner en práctica otra experiencia: tomar la energía de una fuente inagotable y realmente fabulosa, la albergada en las profundidades del espacio… El resultado fue Tinieblas.

—Hasta este punto la hemos seguido perfectamente, pero eso no pone en claro demasiadas cosas.

—Ustedes querían saber por qué crece continuamente Tinieblas, ¿no?

—En efecto, doctora.

—Según mi opinión, Tinieblas no es una materialización de tipo energético, sino, por el contrario, de antienergía…

El asombro sentó sus reales en la reunión. ¿Era posible aquello? Si se hacía caso de la opinión de la doctora, aquello era algo totalmente desconocido. ¿Había estudiado alguien la antienergía? No. ¿Cómo iba a haberse estudiado algo que no tenía sentido?

Por otra parte, aquella teoría ponía en un aprieto a la humanidad. Cualquier cosa, un proyectil, un carro de combate, un obús, encierra en sí mismo energía. Las mismas rocas, las plantas, los animales, el hombre, encierra dentro de sí un grado mayor o menor de tipo energético.

Asociando a todo ello la idea de cómo se atraen los imanes, las perspectivas se hacían sombrías y aterradoras. Polos de un mismo signo se repelen y polos de signo contrario se atraen.

Las ideas cruzaban como meteoritos a la mayor velocidad posible. En cada cerebro había un caos de preguntas cuando la voz de la doctora terminó su explicación.

—Si esa teoría es válida, y de ello casi no me quedan dudas, Tinieblas crece por absorción de energía. Como todos comprenderán, no hay alimento más abundante, fácil de conseguir,

ni de más rápida asimilación.

Hubo un nuevo silencio.

Morgan, el comisionado del Gobierno, los rompió para exponer lo que le parecía una idea genial.

—Lo que debemos hacer es lanzarle algo que no albergue ninguna energía.

—Y ¿qué es eso? —preguntó MacIving con sorna—. Por otra parte el arrojarlo hacia Tinieblas ya produciría energía.

—De todos modos habrá algo que le afecte —intervino Burke—. No se puede admitir que sea inatacable e indestructible; admitido eso, tendría que pensarse también en el fin de la Tierra y de la vida sobre ella.

Hubo un momento de silencio de escalofriante silencio.

Una de las puertas que daban acceso a la sala se abrió para dar paso a uno de los ayudantes del coronel de aviación. Llegó hasta su jefe y susurró unas palabras a su oído. El coronel le respondió y el otro se retiró por donde había entrado.

—Me comunican que ya está listo todo para el despegue. Ahora nos traerán unos monitores de televisión y, en contados segundos, podremos contemplar a Tinieblas.

El mayor Bellamy se levantó mientras hacía saber a los demás:

—Voy a ponerme en comunicación con Washington. Creo que hay que tomar medidas para afrontar esta situación.

Salió de la sala, al tiempo que varios soldados de la USAF entraban aparatos de televisión y un enjambre de cordones eléctricos. Sin dilación se pusieron a trabajar en silencio, pero con competente eficacia.

Para cuando volvió el mayor, las instalaciones estaban terminadas.

Se acomodaron en sus respectivos asientos y sobre las pantallas de los televisores apareció el contorno de la base de Aviación.

A poco, el aparato portador de la cámara alzaba el vuelo. Se trataba de un helicóptero con el que sin duda evolucionarían con mayor facilidad y las tomas podrían realizarse desde las alturas y puntos que interesaran.

El aparato tomó su ruta y por las pantallas fueron desfilando los paisajes acostumbrados. De repente, la cámara efectuó un cambio brusco y enfocó una montaña neblinosa y difusa, mientras se oía la asombrada voz de los tripulantes.

—Esa montaña no estaba antes ahí —informó la voz del que manejaba la cámara.

El objetivo siguió fijo en el mismo punto.

—¿Qué demonios puede ser eso? —preguntó el anonadado Morgan.

—Eso es Tinieblas —hizo saber Burke, que comprobó asombrado el increíble aumento que había experimentado.

Enmudecieron. El helicóptero había tomado contacto con la masa. Ésta progresaba a ojos vista.

—¡Esto se extiende por un área increíble! —informó de nuevo la voz del cámara.

Efectuó un giro de la cámara para abarcar los contornos. No se podían apreciar los límites.

—¡Hay que informar a Washington! —aulló el comisionado—. ¡Un teléfono! ¿Dónde hay un teléfono? ¡Hay que hacer algo ahora mismo!

Se había levantado y corría hacia la puerta. Pero el mayor Bellamy alzó la voz:

—No hace falta, señor Morgan. En estos momentos el Presidente y su Gabinete están presenciando lo mismo que usted.

Robert Morgan se paró en seco. Vaciló unos segundos y por fin se detuvo. Al abrirse la puerta, ésta golpeó al comisionado. Penetraron Ada Czetchanova y Jim Olsen, éste murmuró una excusa y se acercó a MacIving. Dijo algunas palabras en voz baja y luego el doctor le respondió.

Olsen dio un rodeo a la mesa y se paró a espaldas de Thomas.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó.

—Mal, Jim. Tinieblas no parece tener enemigos.

Las pantallas seguían reflejando la masa de aquella amenaza. Ahora el helicóptero volvía hacia la zona de entrada, es decir hacia el ángulo por el que había tomado el primer contacto. Se pudo apreciar que muchos de los detalles que antes había en aquel lugar, ahora habían desaparecido por completo bajo la masa.

Todos los que lo habían visto estaban horrorizados. Mudos, perplejos, anonadados.

De repente, algo se alzó hacia la cámara. Era como un girón de humo despedido por un cigarro habano. Por el parlante llegaron algunos gritos de desespero. Luego la cámara comenzó a descender hacia Tinieblas, cada vez más cerca, hasta que todo desapareció tras un súbito apagón.

—Tinieblas ha alcanzado el aparato —comentó Thomas.

—¿Creen que ha sido un acto premeditado? —preguntó Bellamy.

La doctora Wonsworth pareció vacilar un segundo, mientras pensaba una respuesta, pero fue Jane quien la dio.

—No lo creo. Más bien ha sido atraído por una manifestación de

energía.

Entró un sujeto a toda prisa, portando un teléfono que puso al alcance de Bellamy mientras aclaraba:

—Es el Presidente.

Bellamy se llevó el auricular al oído. Permaneció a la escucha y por fin, con un breve asentimiento, dejó de nuevo el aparato en la horquilla. Su rostro adoptó un aire preocupado al volverse a los demás y decir:

—Se me ha ordenado intentarlo todo contra Tinieblas…, incluso la energía atómica —hizo una pausa—. Se va a proceder a la evacuación.

Todos se sumergieron en sus propios pensamientos. ¿Sería el fin?

Capítulo VIII

Tinieblas seguía en su aterrador avance. Nada era capaz de detenerle. Ni las más potentes armas del ejército habían podido dañarla; muy por el contrario, habían contribuido a facilitarle energía para su expansión.

Bellamy, sus profesores, comisionados y demás personal habían fijado su punto neurálgico en una Base de la USAF cercana a los Grandes Lagos. Casi todos los Estados Unidos estaban bajo la masa de Tinieblas y casi toda la población civil había sido trasladada y repartida entre Europa, Asia y África, mientras que América Central y del Sur estaban siendo asimismo evacuadas.

Todos los gobiernos se habían puesto de acuerdo en la necesidad perentoria de combatir por todos los medios aquella amenaza. Diversas unidades de científicos y militares ensayaban los más diversos sistemas para combatir, pero todos estaban resultando inútiles.

Aquel día había sido el elegido para atacar con energía atómica a Tinieblas. Tras diversas discusiones.

Thomas había conseguido que le dejaran pilotar el aparato que dejaría caer el artefacto. Su copiloto sería Jim Olsen, que se había mostrado muy activo desde el primer momento.

Faltaban todavía varias horas para el vuelo, cuando Thomas Burke se paseaba en compañía de Jane.

El lugar elegido para el deambular era un jardín situado al oeste de la Base. Para el trazado de aquella zona se había aprovechado la decreciente densidad del arbolado, con ello se había conseguido una impresión de agresiva belleza natural.

Se detuvieron ante un pequeño estanque. La noche era bastante cálida y desde todos los rincones llegaban efluvios con mil perfumes distintos. Jane, con un ademán felino, se sentó en el verde césped y tras recoger unas cuantas piedrecillas las tiró de una en una sobre las plácidas aguas. Thomas la contemplaba, con ojos amorosos, embelesado.

—¿Por qué has decidido pilotar tú mismo ese aparato? —preguntó la joven de súbito.

Thomas se sentó junto a ella.

—A ciencia cierta, todavía no lo sé —confesó el teniente—. Sin duda, ha sido por puro egoísmo.

Jane volvió el rostro hacia él.

—No lo comprendo, Tom. Puedes morir en esa misión.

Sus ojos relucían más que de costumbre, y Tom comprendió que estaba cerca del llanto.

—Si me quedase inactivo sería peor. No podría soportar esa sensación de impotencia, acabaría con los nervios desquiciados. Así, mientras intento algo me parece que estoy cerca de una solución.

—¿Y necesitas ponerte en peligro?

—Todos lo estamos.

La muchacha rompió a llorar con desconsuelo, ocultando su rostro en el pecho del hombre. Thomas la rodeó con sus brazos.

—No te aflijas, Jane. Tal vez se halle el remedio antes de que todo haya terminado.

Jane alzó sus ojos hacia él.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Mi intención es dejar caer el «petardo» en la parte más densa de Tinieblas. Algo así como en su punto neurálgico.

—Es el más peligroso —afirmó la joven entre sollozos.

—Pero el más efectivo, a mi parecer. El lugar donde debe tener más energía.

Hubo un silencio, roto tan sólo por el llanto de Jane.

—¿Y si mueres?

—Si con ello consigo algo, lo daré por bien hecho. Por otra parte, el saber que he conseguido salvar tu propia vida, sería la mayor recompensa de mi vida.

—Pero ¿no comprendes, Tom…?

Thomas la miró fijamente.

—…¿no comprendes que no quiero vivir sin ti…?

Burke sintió que en su pecho el corazón daba saltos de alegría.

—Eres adorable, Jane.

Sus labios se unieron, hablando con mucha más elocuencia que las palabras.

***

El aparato relucía en un borde de la pista. Sus motores tronaban como corceles retenidos y deseosos de emprender un galope desenfrenado.

En la cabina de controles, Thomas y Jim empuñaban los mandos con decisión. Allí, en las entrañas del avión, el artefacto nuclear esperaba el momento del lanzamiento.

Las ruedas comenzaron a girar, la saeta de plata recorrió metro tras metro, mientras aceleraba a fondo. Luego se despegó del suelo y ascendió hacia el aire.

Tras una vuelta a la Base, el avión puso proa al punto elegido.

Como una exhalación fue dejando atrás los últimos reductos que no había invadido Tinieblas, y luego sobrevolaron la masa. Era como si bajo ellos sólo hubiese cirros sin fin.

Tinieblas comenzó a lanzarles tentáculos, mientras Burke se veía obligado a efectuar las más increíbles piruetas para evitarlos.

—Debemos estar a menos de doscientos kilómetros del lugar —informó Olsen—. Voy a preparar el «petardo».

—De acuerdo, Jim. Déjalo a punto de disparo.

El sudor perlaba la frente de los dos hombres, mientras en sus cerebros se repetía una vez tras otra la misma pregunta: «¿Daría resultado?»

—¿Listo, Jim?

—Cuando quieras.

El índice de Olsen se agarrotaba sobre el rojo botón de disparo.

—¡Ahora! —la orden sonó como un trueno en los oídos de Olsen.

La bomba se desprendió de los atalajes y, mientras caía, Thomas hizo elevarse el aparato casi en vertical.

El artefacto penetró entre la masa neblinosa. Se hundió como una piedra en un tarro de melaza y luego surgió un rumor sordo al estallar.

Toda la masa experimentó como una convulsión. Pero eso fue todo.

Como si diese un salto, Tinieblas se agigantó aún más. Su altura subió como por ensalmo, y en todos sus bordes el crecimiento fue notable.

Un grueso tentáculo saltó hacia arriba, en persecución del aparato. Esta vez, por más que lo intentó el joven, no puedo impedir que Tinieblas lamiese la estructura del aparato y un trozo del mismo desapareció.

Dentro de la cabina se notó de inmediato. El avión cabeceó como alocado, mientras perdía altura con toda rapidez.

—¡Nos ha alcanzado! —exclamó Olsen.

Thomas hacía esfuerzos desesperados por elevar la proa.

—¡Ponte en contacto con la Base!

Olsen accionó los contactos de la radio y momentos después dialogaba con Bellamy.

—Diles que nos lanzaremos en paracaídas —le comunicó Burke—. Este cacharro no aguantará mucho más.

Olsen lo comunicó y momentos después cerraba el contacto.

—Bellamy nos desea suerte y espera que aguantes, en el aparato lo suficiente como para tirarnos fuera del radio de acción de Tinieblas.

El aparato, lanzado a más de dos mil kilómetros a la hora, devoraba el terreno, mejor dicho, la extensión ocupada por Tinieblas, pero era casi imposible que lograse salir de aquella zona. Casi con toda seguridad tendrían que saltar sobre Tinieblas.

Aquello equivaldría a no saltar, ya que con o sin aparato desaparecerían en las entrañas de aquella pesadilla.

***

Frank Bellamy se volvió con cara de desaliento.

—¡Es horrible! Esos dos muchachos van a caer sobre Tinieblas. Por otra parte, la energía nuclear, como ya casi esperábamos, sólo ha conseguido ayudar al desarrollo de Tinieblas.

En aquel momento penetraron las hermanas Wonsworth y, al ver las caras de los presentes, comprendieron en el acto que no se había conseguido nada.

—No ha tenido los efectos que se esperaban, ¿no? —preguntó Mildred, mientras Jane esperaba ansiosa los informes.

—Ha crecido considerablemente…

—Era de suponer —la cara de Mildred se contrajo en una mueca dolorosa—. Más hubiese valido haber muerto antes que empezar con ese maldito proyecto.

—Usted sólo buscaba un bien. Su máquina para captar energía era un plan estupendo.

—¿Qué ocurre con los tenientes Burke y Olsen? —preguntó con ansiedad.

Bellamy permaneció callado, mientras desviaba los ojos hacia otro lado.

—¿Han muerto? —insistió la muchacha.

Jeremias Cornwall, el doctor asesor del DEPAAC, fue quien la puso al corriente de lo que sucedía.

—Todavía están vivos, pero parece ser que van a caer sobre Tinieblas.

—¡No puede ser!

—Tinieblas les alcanzó el avión —confirmó Bellamy—. Lo

lamento, pero es así, y antes de que Dios decida ayudarnos, muchos más habrán muerto.

Jane rompió a llorar, mientras se estremecía a impulsos de su propio desconsuelo.

—¡Dios mío, no permitas que mueran! —rogó a media voz.

***

Casi toda la superficie del timón de cola, así como una gran extensión del ala derecha, habían desaparecido, y el aparato perdía esencia con toda rapidez.

Thomas había cortado el funcionamiento del grupo de motores de aquel costado, por lo cual la gasolina no había prendido.

La misma fuerza del roce con la atmósfera estaba desmembrando las partes dañadas.

Thomas sudaba copiosamente dentro del traje de altas presiones. Sus esfuerzos por mantener al aparato en vuelo eran agotadores, y aunque Jim le ayudaba con todas sus fuerzas, la resistencia de ambos estaba llegando a sus límites.

—No aguantaremos mucho —dijo Thomas.

—Sólo un par de minutos y estaremos salvados.

En efecto, tan sólo se trataba de un par de minutos, lo que a tan altas velocidades representaba mucho terreno recorrido, pero aquellos dos minutos equivalían a muchas horas en situación normal.

Un último gemido de las planchas puso una nota trágica en el aparato. Gran parte de su estructura había desaparecido por completo.

El ágil caballo de los aires entró en barrena.

—Ya todo es inútil —dijo Thomas mientras soltaba los mandos —. ¡Saltemos!

Presionaron las palancas de expulsión y ambos se separaron del cuerpo que caía casi a plomo.

Cuando los paracaídas se abrieron como dos flores blancas, el avión se había introducido ya en la niebla que cubría el suelo.

Ambos pudieron comprobar que tan sólo un par de kilómetros les hubiesen sido suficientes para haber encontrado la salvación.

Se resignaron a su suerte, mientras seguían descendiendo.

Y de pronto, con inusitada fuerza, empezó a soplar una fuerte ráfaga de aire, que empujó los atalajes hacia el norte. Los dos pilotos se apercibieron de que, con un poco más de suerte, aquel aire representaba la salvación.

—Gracias, Dios mío —dijo Olsen cuando sus pies pisaron tierra a

unos quinientos metros de donde avanzaba Tinieblas.

Burke, que caía entonces, aún lo hizo más lejos.

***

Una semana después se vieron obligados a abandonar el continente americano, dándolo por perdido bajo la expansión de Tinieblas.

Thomas y Jim fueron recogidos al poco de haber caído y, al reincorporarse a la Base, la alegría de todos fue extraordinaria.

Mientras, y con sede en París, se había establecido una comisión de todo el planeta, bajo el nombre de Consejo Mundial, que tenía por misión el control de todas las actividades y los resultados obtenidos en la lucha contra Tinieblas.

La Humanidad entera se estremecía ante la idea, que casi podía asegurarse sería inevitable, del fin del hombre sobre la Tierra, cuando el Consejo se reunió para recibir los informes de la última esperanza. ¿Podría Tinieblas cruzar los océanos para invadir nuevos continentes?

—El mar es uno de los mayores depósitos de energía y materiales energéticos —había dado su opinión la doctora Wonsworth—. Si, como hemos podido comprobar, Tinieblas se mueve y aumenta por medio de energía, el mar no será un obstáculo, sino todo lo contrario.

Después de esas manifestaciones, las gargantas enmudecieron. Un avión estaba volando para comprobar si Tinieblas se había detenido o no.

Olsen penetró entonces en el recinto y, cuando estaba junto a su amigo Burke, le comunicó:

—Ya ves qué ironía. Tantos años tras su máquina del tiempo y ahora la consigue, cuando todo está inevitablemente perdido.

Tomó asiento, mientras en el cerebro de su amigo sus palabras rebotaban de un lado a otro.

—¡Ahí está la solución! —murmuró para sí Burke—. Esa máquina es la única oportunidad.

En los altavoces instalados para tal efecto, las voces de los observadores del avión que sobrevolaba el Océano llegaron nítidas a los oídos de los reunidos.

—Tinieblas ha continuado su avance a través de las aguas. En estos momentos se halla a unos cuatrocientos kilómetros de la costa oriental de Norteamérica. Emprendemos el regreso a la Base.

Un revuelo de discusiones se levantó en la sala. ¡Todo se había perdido!

Aquello era una Babel, cuando la voz de Thomas se alzó:

—Ahora tenemos el arma capaz de destruir a Tinieblas.

Los murmullos siguieron alzándose como llevados de su propia inercia. Luego se fueron apagando mientras caras incrédulas se volvían hacia el joven.

—¿De qué arma está hablando? —preguntó Bellamy.

—La máquina del tiempo del profesor MacIving.

—¿Qué relación tiene con esto?

—Con ella se podría volver al pasado, antes de que Tinieblas haya aparecido sobre nuestro planeta, y destruir el aparato que lo trajo.

Nuevos murmullos se alzaron.

—¿Es cierto que su máquina podría transportar un grupo de gente al pasado y destruir el aparto creador de energía? —preguntó el representante ruso levantándose.

MacIving asintió en silencio.

—En efecto. Mi máquina sería capaz de transportar uno o dos hombres al pasado y ellos podrían realizar el resto de la labor.

Tras largas horas de debate, la determinación estaba tomada. El teniente Burke sería transportado al pasado, y dada su condición de observador de cerca de las doctoras Wonsworth, destruiría la máquina que había producido aquel horror.

La sesión se levantó y, poco a poco, la sala quedó vacía.

***

El doctor Cornwall meditó la proposición.

Muchas veces antes de aquella había vendido secretos de los experimentos que se llevaban a cabo en el DEPAAC, recibiendo buenas cantidades de dinero que le habían permitido llevar una vida de derroche y comodidad.

Pero lo que ahora se le proponía era muy superior a todo. Con aquel plan podría hacerse el dueño del mundo, o por el contrario con una renta fabulosa capaz de depararle una vida que ningún humano podía haberse permitido jamás.

—De acuerdo, querida —dijo por fin—. Trae la máquina de la energía. Una vez con ella en nuestras manos veremos qué posición nos conviene adoptar.

—Sabía que dirías eso —sonrió ella—. Eres demasiado listo para dejar pasar esta oportunidad.

Brindaron con sendas copas de champaña. El mundo estaría en sus manos.

***

Thomas Burke abrazó a Jane.

—Cuando nos volvamos a ver, Jane —dijo el joven con una sonrisa—, te pediré que me acompañes ante el juez de paz. ¿Aceptarás?

Jane sonrió a su vez.

—Ser tu esposa es lo que más deseo.

—Espero que, en el pasado al que va a regresar todo, no hayas olvidado eso.

—¡Tonto! Si yo no recordase esas palabras exactamente, tú estarías allí para recordármelas.

Sobre la muñeca derecha del joven se había cerrado una fina pulsera de oro, muy apretada, que iba a servir para la concentración de las moléculas.

—Listo, teniente —dijo el profesor MacIving—. Cuando quiera.

Thomas besó a Jane y luego avanzó hacia la entrada de aquella especie de caja oscura.

—Hasta la vista —dijo mientras cerraban la puerta.

Aquello estaba muy oscuro. No se podía apreciar en absoluto, pero Burke se dio cuenta de que no estaba solo. La respiración siseante de otra persona se apreciaba con toda perfección.

—¡Un momento!… —gritó con todas sus fuerzas,

pretendiendo avisar a los que habían quedado afuera.

Ya era tarde. Un súbito fogonazo estalló en la cámara y Burke se sintió como desmenuzado.

¡El viaje al pasado había empezado!

***

Momentos antes de reunirse en el laboratorio de MacIving, en Londres, para hacerle retroceder en el tiempo, Burke había recibido una orden siniestra.

El Consejo Mundial había decidido que la doctora Mildred Wonsworth debía morir… morir a sus manos.

Pese a todas sus protestas, la orden seguía en pie, y en su interior notó un remolino de pasiones enfrentadas.

Mildred se le acercó en uno de los corredores.

—¿Preocupado?

—Un poco —respondió como si en realidad no tuviese mucha importancia—. No se emprende un viaje así cada día.

La doctora sonrió con marcada tristeza.

—¿Te han ordenado que me mates? —preguntó con toda sencillez.

Thomas miró hacia otro lado. Intentó buscar una respuesta, pero por fin se decidió a responder con la verdad.

—Sí, Mildred.

—Y ¿lo harás?

Nueva vacilación.

—Debes hacerlo, Tom —afirmó la muchacha—. Es tu deber y, además, es la única manera de proteger a la Humanidad.

—Pero es monstruoso…

—¡Prométeme que lo harás!

Burke se quedó pensativo. Debía hacerlo aún en contra de sus deseos.

—Lo haré, Mildred; tengo esa orden —su voz era un susurro al responder.

Capítulo IX

—Entonces desperté en mi apartamiento —concluyó Thomas Burke su impresionante relato—, de nuevo en la mañana de hoy. Al principio no recordaba con claridad nada de lo ocurrido, o lo confundía con una pesadilla. Pero al repetirse el accidente de la rotura del espejo recordé todo el horror vivido, y las terribles órdenes que debía cumplir, para salvar a los humanos… incluso a aquéllos que ya habían muerto, víctimas de Tinieblas.

—Y ¿cómo puede tener la seguridad de que todo eso no fue un mal sueño, una alucinación? —inquirió el capitán John Richmont, del FBI.

Thomas, al oírle, volvió a recuperar la noción del presente, ya que su propio relato le había trasladado al desquiciado futuro, que para él ya era pasado.

Dirigió la mirada en torno a la cama donde yacía, y examinó a sus oyentes.

A la izquierda se hallaba sentado su superior, el mayor Bellamy, quien había adelantado la cabeza como para no perder palabra. A su lado, Jim Olsen, el compañero de Thomas, se hallaba apoyado en el respaldo de la silla que había traído para Jane Wonsworth, quien se sentía afectada por muy diversas emociones. Acabando de rodearle, se hallaban de pie el capitán Richmont, pensativo; su ayudante Patrick Moon, asombrado; y Robert Morgan, el comisionado del gobierno, que sonreía son sarcasmo.

El joven teniente contestó a la pregunta de Richmont:

—Hubiera deseado que fuese la pesadilla de un loco, capitán, pero pude comprobar que todos los acontecimientos se sucedían tal como yo los había vivido… Si la pobre Mildred hubiera puesto en marcha la, Máquina, hoy a las doce y media hubiera comenzado de nuevo el fin del mundo.

—¡Y usted la mató para evitar ese supuesto desastre universal! —exclamó el comisionado Morgan con marcada ironía.

—¡No, no la maté! —gritó Thomas fuera de sí. Luego se volvió

hacia Jane—: Te aseguro que sufría lo indecible con aquella orden. Yo apreciaba a tu hermana y, además, tú odiarías al que la hubiera matado. Sólo puedo agradecer al asesino que me librara de esa orden. Pase lo que pase, cree que yo no la he matado y que mi amor por ti es lo bastante grande como para no mentirte.

En los ojos de Jane habían aparecido unas lágrimas que Thomas no sabía cómo interpretar.

Una seca carcajada de Morgan rompió la tensión reinante.

—¡Es usted un gran actor! Pero lo que nosotros queremos son pruebas, ¿las tiene?

—Ésta es la única que tengo —respondió Thomas.

Y mostró la muñeca derecha, donde el fino hilo dorado lanzaba tenues reflejos—. El doctor Cornwall me lo puso estando al rojo vivo, para que quedara pegado a mi piel y sirviera como base de lanzamiento.

—¡Es la coartada más estúpida que se le pudiera ocurrir a asesino alguno! —estalló Morgan—. Ese hilo pudo ponérselo usted mismo. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Capitán Richmont, de las órdenes oportunas para que quede bajo custodia y luego interróguele hasta que confiese a quién entregó la máquina de la doctora Wonsworth.

El comisionado giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

—Bien; nosotros debemos irnos también —dijo el capitán del FBI dirigiéndose a Bellamy e ignorando a Thomas—. Tenemos trabajo; hay que registrar el apartamiento del detenido, vigilar a las personas que se han relacionado con él…

Al decir esto el capitán miró con aire de sospecha a Olsen.

—Capitán —se apresuró a decir Thomas—, descarte a mi amigo. Él no tiene nada que ver con todo esto. Además, ha estado con el profesor MacIving todo el día, ayudándole en su máquina del tiempo, que está a punto de concluirse.

Todos le miraron, sorprendidos de aquella precisión de detalles.

—Así que reconoce que nunca pudo trasladarse en la máquina del tiempo, puesto que ésta no está terminada —exclamó Richmont, mirándole con suspicacia—. No pensó en ese detalle, ¿eh?

—¡Ya he explicado que me trasladaron estando en el futuro, cuando el doctor MacIving la terminará!

—Siento no poder creerle, teniente —concluyó Richmont escéptico—, y en parte me alegro de que todo sea una mentira. ¡De ser cierto, sería horrible el peligro de una máquina así!

Se volvió de nuevo hacia su subordinado y siguió dándole órdenes.

—Capitán —le atajó Thomas, en un último intento de convencerle—, usted tiene autoridad para registrar los domicilios de todos los relacionados con este caso. ¡Busque la máquina y destrúyala!

—¿Quiere que arruine mi carrera? ¡Todo está perfectamente claro!

Salió con toda rapidez sin dar tiempo a una nueva polémica.

El mayor Bellamy se levantó moviendo la cabeza con desánimo.

—Hago verdaderos esfuerzos por recordar algo, pero es completamente inútil.

—Ni usted ni nadie puede recordar una cosa que no ha ocurrido todavía para ustedes.

—Voy a reunirme con el profesor Cornwall y el doctor MacIving para estudiar la situación. Mañana volveré a verle, Thomas.

Thomas se removió inquieto, mientras el mayor cruzaba la puerta. Su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

—¿Te encuentras mal, Tom? —se inquietó su amigo—. ¿Quieres que llame a la enfermera?

—No, no… —su mirada se volvió hacia Jane—. Debes creerme: te quiero con todas mis fuerzas y el mayor dolor que podría experimentar es que tú te niegues a creerme.

El llanto de la muchacha se hizo más sonoro. Se levantó de la silla donde estaba y se arrodilló junto a la cama escondiendo el rostro en las sábanas, junto al cuerpo del hombre.

—No sé lo que creer —hipó la joven—. Es todo tan siniestro… Me he esforzado en odiarte por lo de mi hermana, pero yo también te quiero, Tom…

Burke se sintió más tranquilo y feliz.

—Ahora, si confiáis en mí —empezó el joven—, os ruego que me ayudéis a salir de aquí.

—La puerta está vigilada, Tom —manifestó Olsen.

—Eso no será obstáculo. Podemos dejarles sin sentido.

—Es demasiado peligroso —opinó la joven—. Si intentas escapar, dispararán contra ti y te perderé de nuevo.

—Sólo queda esa solución. Ya que nadie pretende buscar la verdad, nosotros la encontraremos. Como recordaréis, me pareció que había otra persona en la máquina del tiempo, lo que demuestra que…

—…que sólo podía ser una persona del grupo que se encontraba allí —terminó Olsen.

—En efecto: MacIving, Bellamy o Cornwall.

—Pero todos esos se quedaron allí, según tú —alegó Jane.

—Podía tener un cómplice —Thomas empezaba a vestirse con alguna dificultad.

—¿Dónde vas a buscar? —preguntó Olsen.

—Tú irás a casa de MacIving; ya que le conoces, te será más fácil introducirte. Mientras, Jane y yo iremos a casa de Cornwall y luego nos reuniremos en casa de Bellamy.

—De acuerdo. Jane, sal y distrae a los centinelas —ordenó Jim.

Jane besó brevemente a Thomas y salió al corredor, dejando la puerta entornada.

Olsen se sacó un revólver de uno de los bolsillos y se lo entregó.

—Yo tengo el *Colt Commander* de reglamento en la funda —explicó.

Luego se acercó a la puerta y se asomó con precaución. Uno de los vigilantes ayudaba a Jane, que parecía haber sufrido un desmayo. El otro lo observaba dando la espalda a la habitación.

De un salto, el joven se le acercó y le descargó un potente golpe en la nuca. El vigilante se desplomó sin un gemido.

El otro se volvió ligeramente al oír el ruido de un cuerpo al caer, pero ya era demasiado tarde. Olsen describía un arco con el brazo derecho y con la mano extendida repitió el golpe. También éste se desplomó.

—Puedes salir, Tom.

Los tres se metieron en un ascensor y bajaron hasta la planta. Allí se separaron y subieron a dos vehículos distintos.

Cuando arrancaban, varios policías militares aparecieron por una esquina y pronto cundió la alarma.

Se lanzaron calle adelante, mientras un «jeep» partía en pos de ellos.

—Nos van a alcanzar —dijo Tom, mientras Jane se concentraba en esquivar el intenso tráfico—. Voy a dispararles a los neumáticos.

Sacó el brazo armado por la ventanilla y efectuó un par de disparos. Sonó un ruido estruendoso y el «jeep» empezó a trazar eses, pero continuó la persecución, aunque ahora perdía terreno visiblemente.

Una ametralladora tableteó, buscando las ruedas del «Chevrolet» de Jane.

La suerte les ayudó y, poco después, perdían de vista a los hombres del MP.

***

Detuvieron el coche un par de manzanas más arriba del apartamiento del doctor Cornwall.

La herida de Thomas había comenzado a sangrar de nuevo.

Se acercaron con todo sigilo al pequeño *chalet* donde habitaba el doctor. Alcanzaron una ventana y atisbaron el interior. No se veía a nadie.

—¡Quédate aquí, Jane! —ordenó el joven.

Luego pasó al interior. Estaba en un pequeño dormitorio, seguramente un cuarto destinado a albergar a un posible visitante.

Abrió la puerta, que daba a un pasillo, y avanzó por aquél.

Se fue parando en las puertas que encontraba a su paso, pero tras ellas el silencio era absoluto.

Por fin llegó a lo que debía ser un pequeño *living*, y allí oyó ruido de voces.

Se adosó a la pared y atisbo hacia el despacho, que tenía la puerta abierta.

Frente a él distinguió al mayor Bellamy, de espaldas a Ada Czetchanova, y hasta él llegó la voz de Cornwall, que hablaba de él.

Permaneció quieto, escuchando.

Luego, de repente, Bellamy se volvió hacia la puerta y exclamó:

—¡Thomas! ¿Qué haces ahí?

Como una exhalación, apareció Cornwall en el dintel, empuñando una pistola.

—¿Se convence ahora de que el teniente Burke es el asesino? —preguntó con sorna, mientras tenía encañonado al joven—. ¡Tire ese revólver!

Thomas dejó caer el arma.

—¡Y pensar que casi me había convencido! —se quejó el mayor.

—Es verdad cuanto le he dicho —afirmó el joven.

—Si lo fuese, no habría huido —respondió Bellamy.

Burke penetraba en el despacho, bajo la atenta vigilancia de Cornwall.

—Nadie creyó lo que expliqué y decidí desenmascarar al verdadero culpable.

—¡Es un cínico! —exclamó Cornwall—. Voy a avisar a la policía.

Se acercó al teléfono, pero, en aquel momento, Ada Czetchanova, que había quedado a espaldas del doctor, le encañonó con un pequeño revólver de bolso.

—No lo haga, doctor Cornwall —advirtió la polaca—. Yo estoy convencida de que Thomas es inocente.

El otro se detuvo con una mano a punto de marcar.

—¿Se ha vuelto loca? —preguntó incrédulo.

—Apártese del teléfono —repitió la joven—. Thomas, recoja el revólver y huya… Si le detienen, nadie le librará de la cámara de

gas, y yo sé que es inocente.

Burke se había agachado a recoger su revólver. Aquella seguridad de la mujer le sorprendía. Precisamente ella no había tenido casi tratos con el joven, y ahora lo defendía contra todos.

Una duda cruzó por su cerebro. ¿Dónde estaba aquella mujer cuando él penetró en la máquina del tiempo? No recordaba haberla visto, y siendo la ayudante directa de Cornwall, lo lógico era que estuviese presente.

Alzó los ojos hacia la mujer. Un rayo de sol que penetraba por entre la persiana de la ventana incidió en su brazo derecho y algo despidió leves destellos dorados.

—¿Cómo puede estar tan segura, Ada?

—No… no lo sé; es un presentimiento —vaciló la mujer.

—Usted no estaba presente en cierto momento muy importante —dijo el hombre—. ¿No sería usted la que se introdujo a escondidas en la máquina del tiempo?

Ella le miró desafiante.

—Creo que está loco.

—Muéstrenos su muñeca derecha —pidió el joven.

El rostro de la polaca se tornó lívido.

—¡Maldito!

El disparo despertó ecos en la habitación, pero la bala pasó muy por encima de Thomas, que se había tirado al suelo.

Bellamy saltó sobre la mujer y descargó un golpe de karate sobre la mano armada.

—¿Dónde tiene la máquina, Ada?

La mujer no respondió.

Jane llegaba corriendo, alarmada por el disparo. Se oían las sirenas de los coches policiales que llegaban al lugar.

—Usted tuvo un cómplice, Ada —afirmó el joven—. ¿Quién era?

—Averígüelo usted —escupió con bilis en la voz.

Thomas desvió sus ojos hacia el doctor Cornwall.

—Usted fue quien le colocó la cinta de oro, al igual que a mí, ¿verdad, doctor?

Jeremias Cornwall levantó la pistola que aún seguía empuñando.

—Lo ha descubierto —aulló con ojos enloquecidos—. Pero no conseguirán atraparme.

Hizo un par de disparos y se precipitó por la ventana. Apenas tocó el suelo cuando ya se había levantado y corría hacia la calle, por el césped que rodeaba el *chalet*.

Bellamy salió en su persecución. Cornwall se volvió ligeramente y disparó de nuevo.

El mayor cayó a tierra, sin duda herido por el plomo. Los coches de la policía acababan de llegar y de ellos salían hombres armados.

—¡No dejen que escape! —gritó Bellamy.

Cornwall disparó contra los agentes y éstos contestaron al fuego. El doctor vaciló en su carrera. Su cuerpo danzó, estremecido por los impactos, y por último cayó sobre el césped, que empezó a teñirse de rojo.

Ada aprovechó un momento de distracción de Thomas y le lanzó una lámpara que había sobre la mesa.

—¡Cuidado, Tom! —le advirtió Jane, pero ya era demasiado tarde. La lámpara golpeó el hombro herido de Burke y éste lanzó una exclamación de dolor.

La lámpara cayó sobre la papelera y unos chispazos prendieron en los papeles.

Ada Czetchanova abrió un cajón de la mesa del despacho de Cornwall y extrajo la terrible máquina que había ideado la doctora Wonsworth.

—¡No se muevan! Si lo hacen, conectaré la máquina, y usted ya sabe lo que ocurrió, ¿no es cierto, teniente?

Burke se estremeció. ¡Desde luego sabía lo que podía suceder!

—Yo fui quien se introdujo en la máquina del tiempo —dijo la mujer—. Y también fui la que mató a la doctora Wonsworth para apoderarme de su máquina. Pensábamos dominar al mundo con ella, venderla por un buen precio, pero ahora servirá para otra cosa.

—¿Qué se propone? —preguntó Burke.

Las llamas habían prendido con rapidez, y gran parte de la habitación era pasto de ellas.

—Sé que voy a morir —afirmó la polaca—. Pero no seré la única. Voy a conectar la máquina. Mi tumba será también la de la Humanidad.

Sonó un disparo desde la ventana y la Máquina se escapó de entre las manos de Ada. Al momento penetró el capitán Richmont. Se inclinó sobre el cuerpo de Ada, se la cargó sobre los hombros y se volvió hacia la ventana.

El fuego lo dominaba todo y aumentaba con rapidez.

—Salgamos de aquí; esto es un infierno.

***

Habían pasado dos semanas.

Thomas Burke había sido dado de alta y saboreaba un *whisky* con hielo, en compañía de Jim. Jane estaba sentada sobre un brazo del sillón.

Sonó el timbre de llamada y Jane corrió a abrir.

Volvió precediendo al mayor Bellamy y al capitán Richmont.

—¿Cómo va eso, Tom? —se interesó el mayor.

—No puedo quejarme —respondió el otro con una sonrisa.

Se hizo un silencio.

—Gracias a Dios que todo ha terminado —empezó el capitán del FBI—. Ada Czetchanova ha fallecido hoy en el hospital. Antes hizo una amplia confesión y todo ha quedado aclarado, a pesar de que sigue siendo lo más sorprendente que he oído en mi vida.

—¿Qué ha pasado con la Máquina? —preguntó Olsen.

—Ha sido hallada entre los escombros de la casa. Mejor dicho, ha sido encontrado un amasijo de metales fundidos que ha resultado ser la citada Máquina.

—Ha sido mejor así —susurró Jane.

Bellamy sonrió, mientras la muchacha volvía a ocupar su sitio en el brazo del sillón en que estaba sentado Thomas.

—Les daré una buena noticia —dijo con voz alegre—. El Gobierno les ha concedido un permiso de tres meses, con todos los gastos pagados, en el sitio o sitios que elijan para pasarlos…

—¡Estupendo! —exclamó Thomas—. Aprovecharé para solucionar un asunto.

—¿Cuál? —preguntó su amigo.

—Mi boda con Jane —explicó—. Claro que ella debe mostrarse de acuerdo…

—Es lo que más deseo —respondió la muchacha, mientras se inclinaba y besaba a Thomas.

Burke la ciñó con sus brazos y la pareja pareció olvidarse de que había alguien más en aquella habitación.

—Será mejor que bajemos a cualquier bar a tomar un *whisky* —dijo Jim, dirigiéndose a los otros—. Aquí estamos sobrando.

Los tres hombres salieron con una sonrisa en los labios.



Próximo número:

ASALTO AL YO

CLARK CARRADOS

Oteaban a los seres humanos

por el punto más débil:

¡Su ansia de dinero!

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.

HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE


Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense...
Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

